CUADERNOS historia 16

Los etruscos

A. Blanco, J. M. Blázquez, M. A. Elvira y M. P. González



54

140 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Cabeza masculina barbada del templo etrusco de Via San Leonardo. Siglo IX a.C. (Museo Opera del Duomo. Orvieto)

Indice

Un pueblo enigmático

Por Antonio Blanco Freijeiro
De la Real Academia de la Historia

ANTES de que Roma se enseñorease de Italia, los etruscos eran el pueblo más poderoso de esta península. Así lo recuerda Tito Livio (I, 2, 5): *El poder de Etruria era tan grande que el prestigio de su nombre se hacía sentir por tierra y mar a todo lo largo de Italia, desde los Alpes al estrecho de Mesina*. Y eso que lo que pudiéramos llamar su territorio nacional, casi coincidente con la superficie de la actual Toscana, no era muy grande. Dentro de él se hallaban las doce ciudades de la dodecápolis etrusca. No sabemos exactamente cuáles eran éstas (pues ciudades etruscas hubo más de doce), pero sin duda figuraban entre ellas la mayor parte de las siguientes: Veyes, Caere (Cerveteri), Tarquinia, Vulci, Volsinies (Bolsena), Rusellae, Vetulonia, Populonia, Clusium (Chiusi), Perusia (Perugia), Cortona, Arretium (Arezzo), Faesulae (Fiesole) y Volaterrae (Volterra). Cada una de éstas era una ciudad-Estado, como la *polis* griega, lo que en latín se llamaba *populus*. Sin llegar nunca a constituir una nación unificada, las doce ciudades de que la tradición nos habla formaban una liga, con su centro en el santuario de Voltumna, cerca de Volsinies.

La historia de Etruria discurre paralela a la historia de Grecia; comienza en el siglo VIII y termina en el I a.C. Pero los procesos internos de una y otra difieren: Etruria alcanza la cima de su desarrollo en los siglos VII y VI; a partir de este último, entra en un declive del que no se recupera hasta su absorción por Roma.

Desgraciadamente, las fuentes escritas de la historia etrusca son pocas e indirectas. No sólo se han perdido los documentos originales, entre los que habrían de figurar las *tuscae historiae*, «historias etruscas», citadas por los autores clásicos, sino también las que escribieron, en sus respectivas lenguas, el griego Posidonio y los latinos Verrio Flaco y el emperador Claudio, autor de una historia de Etruria en veinte libros. Hemos de recurrir, por tanto, a las noticias indirectas y a los documentos arqueológicos para reconstruir su pasado.

Un pueblo diferente

No sólo por su lengua, sino también por su género de vida y sus costumbres, los etruscos se diferenciaban de todos los demás pueblos —así decía Dionisio de Halicarnaso a principios de nuestra era, cuando ya los etruscos habían pasado a la historia—. El hecho de que hablaran una lengua no emparentada con las de los demás pueblos de Italia los singularizaba en medio de éstos, y aún habría que añadir otras peculiaridades, sobre todo de sus ritos religiosos, que los hacían parecer «asiáticos» o «lidios» a ojos de muchos, algunos tan sabios como Catón y Virgilio. Dionisio de Halicarnaso no compartía esa creencia; antes, al contrario, él fue el único entre los antiguos en defender la tesis de la autoctonía de los etruscos, que hoy en día prevalece con las modificaciones impuestas por la metodología moderna; pero ya de tiempo atrás se les venía atribuyendo un origen egeo-anatólico por autoridades de la talla de Heródoto y se ve que hasta los mismos etruscos habían acabado por aceptar esa leyenda acerca de su origen, como los romanos habían hecho con Eneas y sus troyanos.

Entre los siglos IX y VIII a.C. la cultura vilanoviana, característica de la que pronto será Etruria, da señales de profundos cambios: por una parte, es evidente que la producción de alimentos está experimentando un progreso sin precedentes; la agricultura se convierte en base de la subsistencia, ocupando el puesto que hasta entonces había correspondido a la ganadería. Por otra parte, los yacimientos apenínicos de cobre y hierro, así como los de este metal en la isla de Elba, son objeto de explotación intensiva. Los efectos no tardan en advertirse; primero en un incremento de la población de proporciones nunca vistas, segundo en un aflujo de gentes del Mediterráneo oriental que ya han estado tanteando el terreno antes de establecerse en Italia. No sabemos quiénes llegan primero. Hacia 775 una colonia de emigrantes euboicos funda la colonia de Pitecusa en la isla de Isquia. En el primer brote de lo que pronto será un aluvión. Italia meridional (la Magna Grecia) y Sicilia son presa de los griegos desde mediados del siglo VIII, salvo en el flanco occidental de Sicilia, donde los fenicios y los cartagineses han logrado afincarse.

En efecto: la opresión que Asiria ejerce sobre todos los pueblos sometidos a su yugo y al pago de sus tributos despiadados





Arriba, *ciudades de la Confederación etrusca (mapa J. Timón). Terracota de Cerveteri.* Abajo, *vaso etrusco y danzarina de la tumba de los acróbatas, Tarquinia*





impulsa a los sirios, a los fenicios y a los chipriotas a buscar vida y libertad en Occidente, cuyos países se encuentran en vías de desarrollo y donde florecen ya las primeras colonias tirias: Cartago, Cádiz...

Italia no tarda en experimentar las consecuencias: las chozas son reemplazadas por casas, y los poblados por verdaderas ciudades, rodeadas de potentes muros y dotadas de calles enlosadas y de alcantarillado. Junto a los ajuares normales de las tumbas se hallan otros en los que resplandecen la plata y el oro. Las armas, ahora presentes en gran número, exaltan el carácter de una sociedad que pretende simultanear la riqueza privada con el poder: el yelmo, el pectoral de bronce, el escudo redondo y el carro de guerra se tornan símbolos de posición social y patrimonio de una casta en que la mujer se encuentra a la par del hombre y es objeto también de enterramiento suntuosísimo.

Ya tenemos, pues, aquí a los etruscos, muy pronto temidos y respetados por doquier. El substrato indígena y los aportes egeo-tirrenos parecen haber sido los ingredientes básicos de su etnia y de su lengua, lo que Heródoto presenta como una inmigración en masa provocada por la carestía reinante en Lidia: *Entonces la mitad de la población* —dirá el historiador— *a quien había tocado en suerte emigrar, se dirigió a Esmirna. Allí construyó naves y después de cargar en ellas cuanto podía necesitar zarpó en busca de medios de subsistencia y de tierra. Tras haber bordeado las costas de muchos países, los emigrantes desembarcaron en el territorio de los umbros; allí se establecieron y fundaron ciudades en donde todavía viven. En lugar de llamarse lidios adoptaron el nombre del hijo del rey que los había guiado. De éste tomaron el nombre de* tyrsenoí (Heród. I, 94).

El problema de la lengua

Ante el tema del etrusco podríamos dividir a los italianos en tres bandos: el de los indiferentes (el más numeroso), el de los que lo toman en serio y con respeto y el de quienes, como dice Pallottino, lo consideran *una discreditada palestra de maniaci o una sezione dell'umorismo nella scienza linguistica*. Lo cierto es que el empeño puesto en la labor por los lingüistas italianos y extranjeros ha convertido el problema del etrusco, que muchos consideraban y consideran insoluble, primero en una lengua que se lee perfectamente y, segundo, en un idioma que, aun con sus muchas lagunas, inseguridades y valores hipotéticos, se entiende en buena parte y lleva camino de entenderse cada vez mejor.

Su estudio encierra el inconveniente de que los textos conservados son relativamente pocos, breves (salvo uno, el de la Momia de Agram) y, de fórmulas repetidas, por tratarse, en su inmensa mayoría, de inscripciones funerarias y votivas. Así tenemos multitud de testimonios de los verbos «morir», «hacer», «dedicar», «consagrar», infinidad de nombres de personas y de dioses, pero nada que se aproxime —porgamos por caso— al contenido lexicográfico y gramatical del número de un periódico de hoy. Por ende, aunque entendiésemos perfectamente los varios miles de inscripciones del *Corpus Inscriptionum Etruscarum*, nuestro conocimiento del etrusco seguiría siendo insuficiente para traducir al mismo un cuento infantil o algo por el estilo.

Los documentos de que disponemos están escritos en un alfabeto derivado del griego calcídico, como el de todos los pueblos de Italia central, con algunas peculiaridades, como es la falta de las oclusivas sonoras *(b, d, g)* de que la lengua etrusca carecía, de tal manera que cualquier etrusco-parlante no tendría la menor dificultad en decir *apoteca*, mientras que, en cambio, tropezaría, por falta de costumbre, para pronunciar el derivado castellano «bodega». Como ejemplo de una sencilla frase en etrusco podríamos poner la siguiente, que se halla inscrita en una estatuilla de bronce: *Ecn turce Larthi Lethanei alpnu Selvansi*, que traducida palabra por palabra viene a decir: «Esto dio Larthi Lethanei como regalo a Silvano.»

La mayoría de los lingüistas considera al etrusco como una lengua preindoeuropea del Mediterráneo, relacionada no sólo con el lemnio del Egeo (documentado por la célebre estela de Kaminia, en Lemnos), sino también con el rético y otras hablas occidentales. Muchas palabras de su léxico pasaron al latín y de éste a las lenguas romances. Así tenemos en español «persona», «antena», «atrio», «mundo», «histrión» y otras palabras de origen etrusco.

Colonialismo etrusco

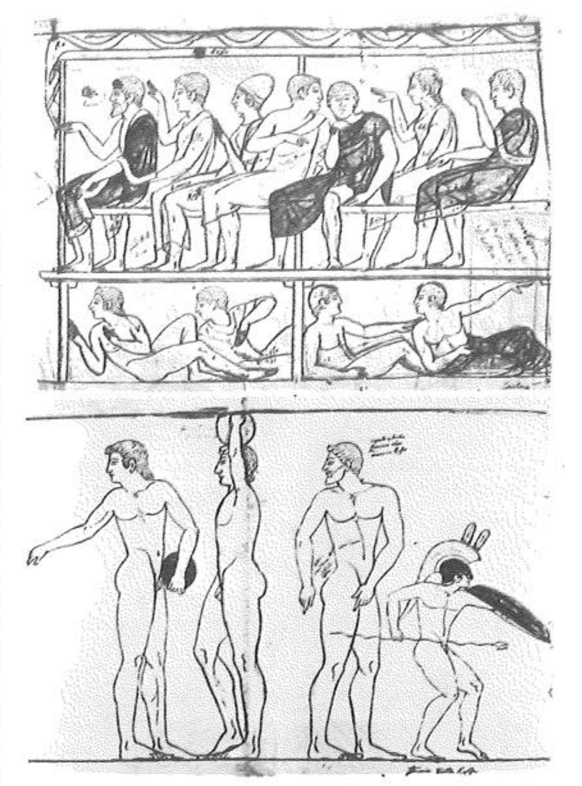
Aunque no figurasen en la nómina de los pueblos de la Antigüedad que detentaron durante un cierto período la supremacía naval (talasocracia), las ciudades de la Etruria marítima, sobre todo Tarquinia, Caere y Vulci dominaron con sus flotas el área del mar Tirreno, impidiendo a los griegos establecerse en el mismo y en las

islas de Elba, Córcega y Cerdeña. El intento de los griegos focenses de fundar colonia en Alalía de Córcega se frustró una vez que las flotas etrusca y cartaginesa, aliadas en aquella ocasión, hicieron frente a la escuadra focense en aguas corsas (hacia 540 a.C.). La falta de fuentes históricas etruscas nos impide conocer detalles de sus actividades marítimas y nos deja a expensas de lo que al respecto nos dicen los griegos, empeñados siempre en presentar a los etruscos como los más caracterizados filibusteros de la Antigüedad. El himno homérico a Diónysos, compuesto probablemente en el siglo VI a.C., refiere cómo el dios de la vid convirtió en delfines a los piratas etruscos que habían tenido la osadía de raptarlo; esta es la pieza más notable —y graciosa, justo es decirlo— de la literatura griega adversa a los etruscos.

En un artículo aparecido en la revista *Ampurias*, y en un capítulo de su libro *Tartessos*, el gran hispanista Schulten defendió hace años la tesis de la colonización de parte de España por los etruscos, a quienes atribuía nada menos que la fundación de Tartessos. La tesis no ha logrado crédito, pero ello no impide que de vez en cuando surjan en diversos puntos de nuestro territorio objetos y obras de arte de origen etrusco. Aún en estos momentos, en las excavaciones que el Museo de Cádiz está llevando a cabo en la desembocadura del Guadalquivir, no faltan piezas etruscas, como el simpático mozalbete que publicamos aquí por vez primera merced a la gentileza de Ramón Corzo, director de la excavación. No hay la menor duda de que el bronce es etrusco, pero lo que nadie puede afirmar es si vino en un barco etrusco o en uno cartaginés, o si acaso fue hecho por un etrusco establecido en Cádiz o en su comarca.

Marineros, comerciantes y artesanos, es posible que algunos de éstos se establecieran en España como orfebres y como broncistas, pues en ambos oficios las artes industriales de Tartessos alcanzaron notable crédito en el mundo de entonces; aquí habría campo para metalúrgicos tan expertos e ingeniosos como los etruscos.

El aumento de la población hizo sentirse a los etruscos cada día más apretados dentro de la región toscana. Ciudades como Tarquinia, con un perímetro de 8 kilómetros y una población de 100.000 habitantes, resultaban ya incómodas para vivir. El espacio que les faltaba lo buscaron los etruscos en el exterior, colonizando por el lado sur la Campania, adonde tenían acceso por el Tirreno, que sus flotas dominaban, y a través del Lacio, donde llegaron a gozar de



Arriba y centro, *espectadores de los juegos y atletas (tumba de los carros, Tarquinia, según calco de Stackelberg)*. Abajo, *urna «villanoviense» recubierta con casco (Tarquinia, siglo VII antes de Cristo)*



gran influencia en lugares clave como Satricum, Lanuvium y Praeneste. Un elevado porcentaje de la gran artesanía y del mercado de artículos de lujo estaba en sus manos, como lo demuestran los ajuares de los potentados de Praeneste, descubiertos en las tumbas Bernardini, Castellani y Barberini, todas ellas de mediados del siglo VII (670-630, el período orientalizante pleno). Aunque puestas sobre objetos etruscos, las inscripciones están en latín, como la de una famosa fíbula, en donde se lee: *Manios: med: vhe: vhaked: Numasioi* (equivalente a lo que en latín clásico sería *Manius me fecit Numerio —o Numisio—*), lo que demuestra que estos magnates no eran etruscos, sino latinos, aunque tal vez en alguna que otra ocasión se infiltraran entre ellos advenedizos de Etruria, como lo fue entonces la dinastía de los Tarquinos en Roma.

Algo más tarde, ahora por el lado del septentrión, los etruscos franquean la barrera del Apenino para colonizar la Emilia y el valle del Po. Allí fundan Felsina (Bolonia), destinada a ser la capital de la Etruria Padana y la primera de una serie de ciudades que también en su momento constituirían una dodecápolis: Cremona, Módena, Parma, Verona, Mantua... Es lástima que no conozcamos los detalles del proceso, probablemente no debido a la iniciativa de un poder central, sino a la de las ciudades o a las empresas privadas establecidas en ellas. Marzabotto, en la Emilia, deja ver el dispositivo de una ciudad etrusca de nueva planta y constituye el ejemplo más antiguo (siglos V-IV a.C.) de una urbanización itálica plenamente regular, de calles tiradas a cordel, como lo serían los típicos campamentos y colonias romanas.

Régimen político

Reyes llamados en latín *lucumones* (el término etrusco correspondiente a rey era *lauchme)* gobernaron en sus orígenes las ciudades etruscas, investidos de grandes poderes sacerdotales, judiciales y militares. Las seis insignias y atributos de su autoridad —la corona áurea, la trábea, la silla curul, las fáleras, el anillo y las fasces— habían de ser adoptados y conservados por los romanos como una de tantas muestras de respeto y reconocimiento de su deuda institucional con Etruria. Pasados los siglos del arcaísmo, al filo del año 500 a.C., aquellos reinos fueron reemplazados por repúblicas, con sus asambleas populares, sus senados y sus magistrados electos como órgano ejecutivo de gobierno. En unas ciudades el cambio fue inmediato; en otras, mediante una tiranía a base más o menos popular. Tanto en su caso como en otro, ni la monarquía ni la tiranía dejaron buen recuerdo en la memoria etrusca, hasta el punto de que en adelante los cargos políticos tendieron a ser colegiales, por recelo al poder personal, y temporales, por aversión a la monarquía. En tal evolución política los etruscos siguieron los mismos pasos que la mayoría de los demás pueblos mediterráneos de la época. Ni siquiera España fue ajena del todo a ese proceso. Así vemos que cuando Aníbal pone cerco a Sagunto (218 a.C.), la ciudad está gobernada por un Senado a quien respalda una asamblea popular, *populi concilium*, como la llama Tito Livio (XXI, 14). El cambio de régimen en las ciudades etruscas debió de verificarse al mismo tiempo que en Roma, donde el último rey fue destronado a raíz de la revolución del 509 a.C.

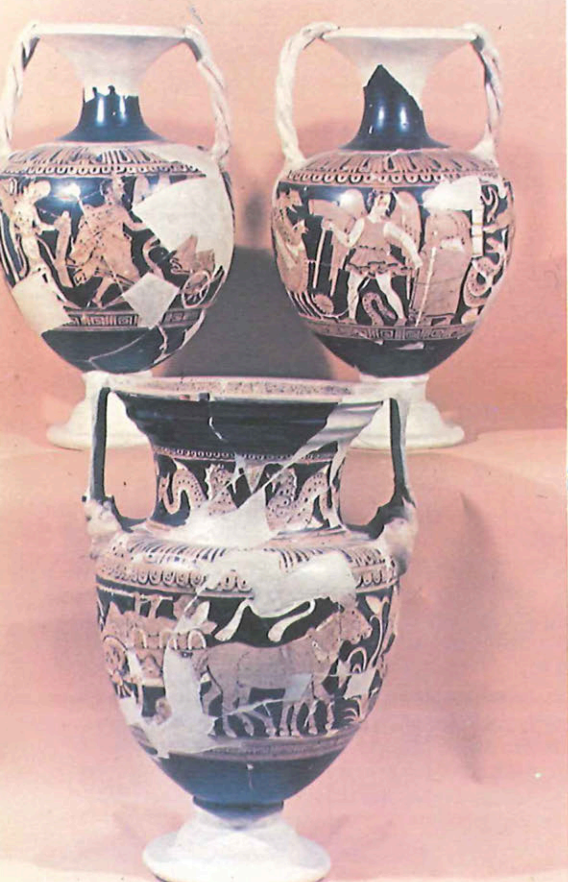
A pesar de este tinte democrático, el poder político de las ciudades etruscas estuvo siempre concentrado en manos de un reducido grupo de familias patricias. De poco sirvieron algunas tentativas populares de arrebatar el poder a aquellos oligarcas, como ocurrió en Volsinies en 264 a.C. y en Arezzo y Volterra en otras ocasiones. Sólo la influencia de Roma y de sus reformas sociales pusieron fin al despotismo de la aristocracia etrusca.

Sociedad jerarquizada

Las mejores ilustraciones de la vida cotidiana etrusca se encuentran en las pinturas murales de las tumbas, particularmente de aquellas localidades que como Tarquinia solían construirlas a bastante profundidad y decorarlas con grandiosas pinturas al fresco.

Los ricos terratenientes se habían asegurado de que la noción de propiedad tuviese carácter sagrado y se hallase, por tanto libre de amenazas e incluso de ser objeto de debate. La agrimensura era una técnica depuradísima, inspirada y custodiada por los dioses inmortales. De ella y del consiguiente respeto a las lindes, a los mojones, a los senderos y cañadas, dependía todo el ordenamiento social y político, pues tanto el terrateniente como sus esclavos, jornaleros y aparceros vivían dentro del perímetro de la gran ciudad y no en cortijos ni alquerías del campo, que de hecho sólo existían en forma de cobertizos o de refugios temporales. Al caer de la tarde, toda la población agrícola se recogía en la ciudad antes de que ésta cerrase sus puertas, con sus acémilas y sus rebaños; los hombres, mostrando sus torsos desnudos, morenos y

Estatuilla de un muchacho recostado hallada en La Algaida (siglo V a.C., gentileza de Ramón Corzo Sánchez)



Anforas y crátera del «grupo de Vanth» (colección Faina, siglo IV a.C., Orvieto)



Fíbula de la tumba Regolini-Galassi de Cerveteri (siglo VII antes de Cristo, Museo Vaticano)

rojizos, como los representan las pinturas murales; las mujeres, veladas, para conservar la blancura de la tez de que alardean en esas mismas pinturas. Entre la turba de los campesinos vendrían los jóvenes de la nobleza haciendo caracolear sus caballos, montados a pelo, como los vemos en la Tomba del Barone y en otras, pero más inolvidables en la primera por la fantasía de sus colores. Aún hoy, en los toldos de algunos bares y en otros sitios muy visibles de Tarquinia, lucen esos caballitos rojos y negros como si el pueblo hubiera hecho de ellos los emblemas de la ciudad. Hay motivos para creer que en aquel entonces, hace más de 2.500 años, esa hora del retorno vespertino se viese animada por músicas y cantos, artes de raigambre popular, pero esmeradamente cultivadas por los etruscos.

La extensa difusión de la escritura y de los temas de la mitología griega indican que en la educación del joven etrusco entraba una buena dosis de literatura helénica, adaptada y traducida a la propia lengua. A ella debe referirse Tito Livio (IX, 36) cuando afirma que antes de que los niños romanos se educasen en las letras griegas, como sucedía en su tiempo, lo hacían en las etruscas: *tum Romanos pueros, sicut nunc Graecis, ita Etruscis litteris erudiri solitos*. Y Cicerón recuerda que para evitar que la ciencia de la mántica *—disciplina etrusca—* se degradase en manos de charlatanes y otras gentes venales, el Senado acostumbraba a mandar seis jóvenes de las mejores familias romanas a que aprendiesen las artes de la aruspicina, de la auspicina y de la fulguratoria en la escuela del experto etrusco.

Como hemos apuntado, la existencia de clases sociales entre los etruscos se halla atestiguada por fuentes históricas de todo género. Los autores romanos de clientes, de familias (en el sentido romano, mucho más amplio que el moderno, pues comprende la servidumbre), de libertos, de esclavos. Pero también nos indican expresamente, por ejemplo, que la plebe de Caere vivía con una holgura sorprendente. El sistema de la denominación de la persona, con los dos nombres fundamentales e incluso los *tria nomina* romanos *(praenomen, nomen, cognomen)*, acredita que la *gens*, o gran familia, con sus ramificaciones, constituía el elemento básico de la sociedad. Esto igual que en Roma, pero quizá con mayor amplitud y flexibilidad que en Roma, donde se hilaba muy delgado en materia de patricios y plebeyos. Por tanto, es de creer que el régimen político oligárquico de que hemos hablado se viese atemperado por un alto grado de confraternidad espontánea (hoy diríamos quizá paternalismo, y Aristóteles no tendría reparo en añadir que «inspirado por el miedo») entre los distintos estamentos u *ordines*. Ello evitó las revoluciones hasta época muy avanzada.

Vicios y placeres

Las fiestas en honor de los dioses y de los muertos daban a la sociead ocasión de mostrarse unida y solidaria. Los poderosos —y aquí hay que recordar no sólo a los grandes terratenientes, sino a los propietarios de minas, a los industriales, a los navieros y a los comerciantes al por mayor— disponían de nutridas huestes de esclavos, artesanos a sueldo, músicos, bailarines y criados para dar fiestas deslumbrantes cuando la ocasión lo demandaba. Posidonio no ocultaba su asombro ante el lujo que rodeaba a los potentados etruscos. La costumbre, por ejemplo, de tener esclavos se hallaba muy extendida; pero el tener esclavos de una belleza física que dejaba estupefactos a los huéspedes a una cena era un lujo que sólo los etruscos podían permitirse, dados los precios que alcanzaban en el mercado esos esclavos de primerísima clase. En estas cenas, en estos convites, las mujeres alternaban con los hombres con una libertad que era piedra de escándalo para griegos y romanos. Estos concebían que en tales esparcimientos las heteras, las profesionales del placer, amenizasen la reunión con su presencia, pero que mujeres que pretendían gozar de la consideración de amas de casa y madres de familia comiesen y bebiesen tendidas en los canapés del triclinio, en pie de igualdad con los hombres, constituía una licencia mujeril *—muliebris audacia*, como dirá Tito Livio (I, 46, 6)— realmente inaudita. Sólo entre los depravados etruscos podía tener cabida tan execrable costumbre.

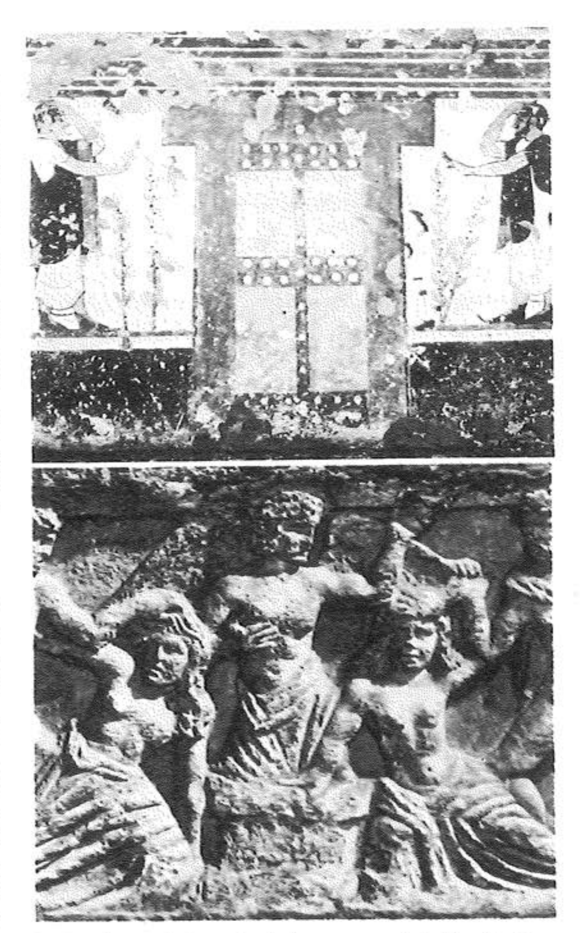
El simposio, animado por músicos y danzantes, señalaba el comienzo de la fiesta para los miembros de la *gens*. A juzgar por sus representaciones se celebraba al aire libre, entre los árboles del jardín o de la alameda, donde cantaban los pájaros y las fuentes. Anchas cintas de colores adornaban el ramaje de los árboles. En conjuntos de tan sublime espiritualidad, como el de la Tomba del Triclinio (hoy trasladado, como algunos otros, desde su lugar de origen al delicioso Palazzo Vitelleschi, de Tarquinia), es de suponer que la fiesta sea una visión de la existencia de los muertos en las Islas de los Bienaventurados (véase aquí mismo lo que M. A. Elvira escribe sobre *El mundo funerario de los etruscos)*.

Para que el espíritu de la fiesta se proyectase más allá de los confines del círculo familiar, el responsable de la misma ofrecía al pueblo el espectáculo de las carreras de carros y las competiciones atléticas (lanzamiento de disco, pugilato, salto, etc.) que los etruscos habían adoptado de los griegos. En el caso concreto de Agylla (Caere) refiere Heródoto que la adopción de la hípica y de la agonística se había hecho por mandato del oráculo de Delfos para expiar el castigo inferido a los de aquella ciudad por el mal trato que habían dado a los prisioneros de guerra (Herod. I, 167). En cambio, los cruentos espectáculos gladiatorios que se daban al lado de los anteriores respondían a una tradición itálica que la helenización no logró nunca desarraigar.

Ciudades opulentas

Para dar una idea de la riqueza que llegó a acumularse en las ciudades etruscas baste decir lo siguiente: ninguna ciudad del mundo antiguo, de las hasta ahora conocidas, poseyó una necrópolis tan rica en obras de arte como la etrusca de Vulci. Lo que de ella salió desde comienzos del siglo XIX ha sido suficiente para abastecer de cerámica griega y de otras artes decorativas a varios museos de Europa y de América. Y es de advertir que el despojo de ésta y de otras necrópolis etruscas no es cosa de la época moderna, sino que obedece a una práctica conocida ya por los romanos, entre quienes estaba muy de moda coleccionar estatuillas etruscas de bronce, las *tyrrhena sigilla* entre otras antigüedades.

Allá por el año 205 a.C., todas estas ciudades contribuyeron con lo mejor de su producción a los preparativos que Roma estaba haciendo para su enfrentamiento decisivo con Cartago. Tito Livio especifica cuáles eran esas contribuciones: Caere: grano y otros productos alimenticios; Tarquinia: paño para velas de buques; Ruselae: grano y madera para la construcción naval (y exactamente lo mismo, Clusium y Perugia); Populonia: hierro; Arretium: grano, armas y herramientas de hierro; Volterra: grano y asfalto para la construcción naval. En esta relación se transparenta, primero, una riqueza en productos alimenticios capaz de sostener al elevado número de habitantes de las ciudades etruscas, y segundo, la gran capacidad de las industrias siderúrgicas y de construcción naval que granjearon a Etruria la fama de que gozaba y de la que son exponente los objetos de metal precioso e industrial llegados a nosotros.



Arriba, *pintura de la tumba de los augures, siglo VI a.C., Tarquinia.* Abajo, *sarcófago de las Danaides (Museo de Villa Giulia, Roma)*

Gorgona de un templo de Faleries (siglo IV a.C., Museo de Villa Giulia, Roma)



Dioses y hombres

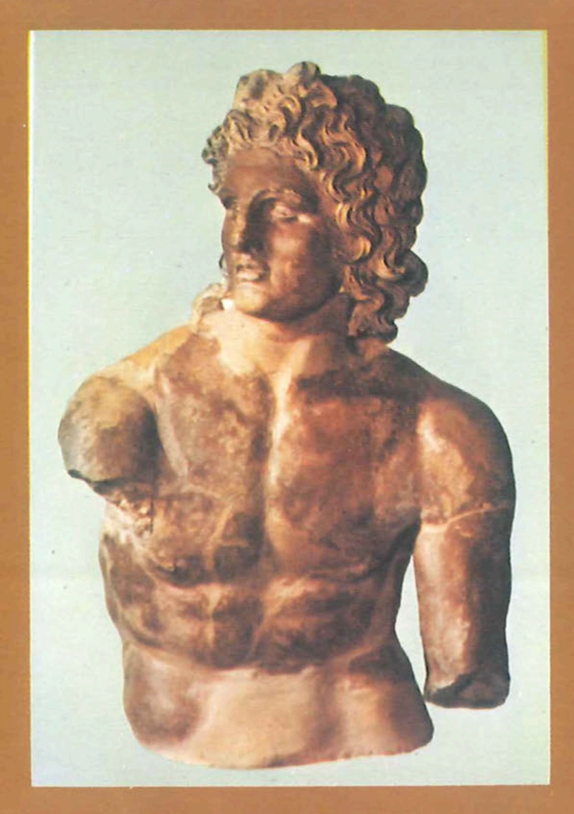
Por José María Blázquez
Catedrático de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid

LA religión ha sido uno de los aspectos de la cultura etrusca que más ha cautivado la atención del gran público y de los investigadores modernos. Baste recordar los dos voluminosos libros de Dumezfil y A. Pfiffig consagrados a la religión etrusca, que han aparecido recientemente.

Los etruscos tuvieron ya entre los escritores de la Antigüedad fama de ser un pueblo muy religioso. El gran historiador latino, contemporáneo de Augusto, Tito Livio, afirma tajantemente que entre todos los pueblos de la tierra eran los etruscos los más dados a las prácticas religiosas, y Arnolio, escritor cristiano de la Baja Antigüedad, llamó a Etruria la madre de todas las supersticiones. Los autores modernos que han estudiado la religión, como Clemen, Giglioli, Grenier, Herbig, etc., han compartido la opinión de que los etruscos fueron, entre todos los pueblos del mundo antiguo, el más inclinado a la religión.

El moderno investigador dispone de varios tipos de fuentes para el conocimiento de la religiosidad etrusca que se pueden calificar de directas, ya que se remontan a los mismos etruscos. Tales son, por ejemplo, los textos religiosos etruscos rituales del llamado *liber linteus* de la momia de Agram (Zagreb), escrito sobre un sudario que envuelve el cuerpo de una momia. Se trata del único texto de carácter literario que está próximo, por su contenido, a los escritos sagrados etruscos llevados a Egipto o redactados allí por emigrantes etruscos en época helenística o romana. A este importante documento hay que añadir, con el mismo carácter, la teja de Capua. En este grupo entran también varios objetos con inscripciones religiosas, como el hígado en bronce de Piacenza; los monumentos figurativos: imágenes de las divinidades y pinturas en las que aparecen dioses o escenas relacionadas con la religión y algunas representaciones incisas sobre espejos.

También han llegado a nosotros, en

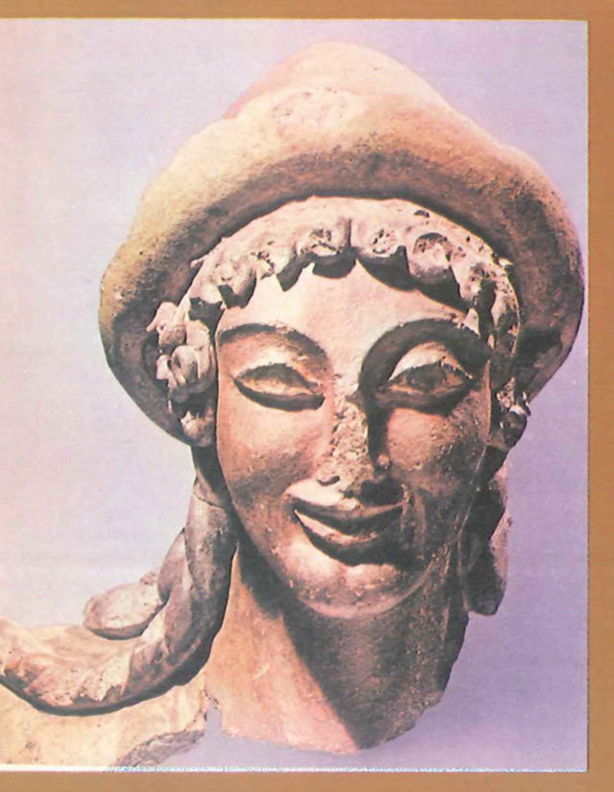

Apolo (templo de Faleries, siglo III a. C.)


Apolo de Veyes (siglo V a. C.)

mejor o peor estado de conservación, restos de lugares de culto. Completan el panorama que se desprende de estas fuentes, las noticias recogidas por los escritores griegos y latinos, de época imperial o de finales de la Antigüedad. Los romanos de la época del Imperio prestaron una gran atención al conocimiento de la religión etrusca, debido al gran influjo que ésta ejerció sobre la religión romana. Los datos transmitidos por los escritores, que vivieron en época imperial o por autores cristianos, como el apologista Arnobio, deben ser utilizados con cierta cautela, pues pueden encontrarse contaminados con concepciones tomadas de la religión griega o de la cristiana. Un ejemplo bien expresivo es la noticia transmitida por Suida, que es un léxico bizantino sobre la Antigüedad de la creencia etrusca de que el mundo fue creado en seis milenios, dato que por su semejanza con la cosmogonía bíblica ofrece una contaminación de ideas etruscas y judías.

Se tiene noticia de una abundante literatura religiosa etrusca, que se hacía remontar al héroe Tagete de Tarquinia, pero toda ella se ha perdido. Estos tratados recibían diferentes nombres, según su contenido, y así se llamaban *libri fatales, fulgurales, haruspicini* y *rituales*. En parte se puede reconstruir o conocer su contenido a través de Cicerón, Livio, Séneca o Plinio el Viejo, autores que se interesaron por la religión etrusca, o a través de comentaristas, de Virgilio, como Servio Mauro Onorato, autor que vivió en el siglo IV a.C.

Para el conocimiento del panteón etrusco dispone el estudioso de dos documentos excepcionales: el citado hígado de bronce de Piacenza, subdividido en compartimentos, con los nombres de los dioses, que tiene una correspondencia en la división del cielo hecha por los etruscos, con sus divinos habitantes, según los testimonios del naturalista latino Plinio y de Marciano Capella. El espacio sagrado estaba subdividido



Hermes de Veyes (siglo V a.C.)



Medusa (siglo VI a.C.)

según el concepto latino, que se expresaba con el término templo. Este concepto era aplicable lo mismo al cielo que a una ciudad, a una necrópolis o a un santuario, ya que subsistían las condiciones de orientación y de reparto de un espacio sagrado, según el modelo celeste.

El panteón etrusco

Los cuatro puntos cardinales determinaban la orientación y estaban unidos por unas líneas que, a imitación de la urbanística de la agrimensura romana, se llamaban: la Norte-Sur, *cardo*, y la Este-Oeste, *decumanus*. La bóveda celeste se subdividía de este modo en dieciséis partes, que eran las moradas de diferentes divinidades. Este esquema es el mismo que repite el hígado de Piacenza. Entre los dioses, de los dieciséis campos celestes, citados por Marciano Capella, y los nombres de los dioses escritos en el hígado de bronce, existen evidentes correspondencias, pero no una repetición absoluta, debido probablemente a la alteración de las fuentes utilizadas por el escritor del Bajo Imperio. Se obtiene, sin embargo, un cuadro aproximado de la ubicación cósmica de los dioses, según la religión etrusca. Así, en el sector celeste nordeste se sitúan los grandes dioses superiores, dioses bien individualizados, tales como Júpiter, los Consenti, los Lares, Jano, Juno, Marte y Minerva. Los dioses de la tierra y de la naturaleza, tales como Silvano, Baco, el Sol y Vulcano, se localizan hacia el mediodía. Los grandes dioses infernales y del hado, como Fortuna, y los dioses Manes y Saturno, habitaban la región del poniente.

Estos dos documentos del panteón etrusco están concebidos en función de los augurios, a los que fueron muy dados los etruscos. La posición de las señales del cielo (prodigios celestes, vuelo de las aves y rayos) indica qué dios enviaba el mensaje a los hombres y si éste era bueno o de mal augurio.

Los dioses se agrupaban en tres categorías. La primera está formada por dioses cuyos nombres son típicamente etruscos. La suprema divinidad celeste se llamaba *Tinia* y equivalía al Zeus de los griegos. *Turan*, palabra que significa «la Señora», era Afrodita o Venus. *Fufnus* era Liber. *Turms* equivalía al Mercurio de los romanos, incluso se le representaba con los atributos del dios griego, el sombrero llamado petasos, los zapatos alados y el caduceo. *Sethlaus* tenía el mismo carácter que el Vulcano griego; como tal dios era venerado en centros industriales, como Populonia. Los dioses celestes, el Sol y la Luna, recibían los nombres de *Cautha* y de *Tiv*, respectivamente.

Viejos dioses

Otros dioses venerados por los etruscos no tenían correspondencia con los nombres del panteón grecorromano. Alguno de ellos, citados en el hígado de Piacenza, como la diosa *Cilen*, representada con alas y ricamente adornada, se la encuentra de nuevo en un espejo con la escena del nacimiento de Minerva, hallado en Palestrina. A este grupo pertenecen *Leta*, divinidad guerrera y de la muerte, y *Larum*, dios guerrero, mencionado en la teja de Capua. Un grupo importante del ciclo *Turan* estaba compuesto por seres divinos de carácter inferior. Se les representaba como bellas muchachas, total o parcialmente desnudas y con alas. Recibían el nombre de *Lasa*. Próximos a ellas se encontraban genios masculinos, como *Aminth*, que tenía la forma de Eros. Otros nombres de divinidades etruscas aparecen en escenas de diferentes mitos helénicos. En un espejo, donde se representa el Juicio de Paris, tres diosas etruscas sustituyen a las griegas: *Euturpe* a Minerva, *Thalna* a Juno y *Altria* a Venus. La mayoría de estos seres divinos, genios o similares, se conocen por sus imágenes sobre los espejos. Con frecuencia aparece el nombre escrito junto a ellos. En muchos casos es imposible, sin embargo, su identificación.

El tercer conjunto de divinidades está integrado por dioses cuyo nombre es idéntico al griego o latino, como Minerva, *Menrva* en etrusco. Es una diosa del rayo, alada, que avanza a grandes pasos en un espejo. Se la identifica con Athena en todos los mitos en la que participa la diosa griega, como en su nacimiento de la cabeza de Zeus. *Uni* correspondía a la Juno de los romanos o a la Hera de los griegos. Junto con *Tinia* y con la diosa anterior formaba parte de la gran terna de dioses etruscos, equivalente a la griega o romana, compuesto por Júpiter, Minerva y Juno. Su culto se extendió, principalmente, por Etruria meridional, pues fue la protectora de los veyentes y de los faliscos. En Veyes se consagró a su culto, en una fecha tan temprana como el siglo VI a.C., un templo sobre la acrópolis de la ciudad. Su imagen, que era de madera, fue transportada años después a Roma, con gran solemnidad y colocada en un nuevo templo, dedicado a su culto, levantado en el monte Aventino. Contó también con un celebérrimo santuario en Falerii, al que iban en peregrinación los sabios. *Maris* era Marte, representado, a ve-

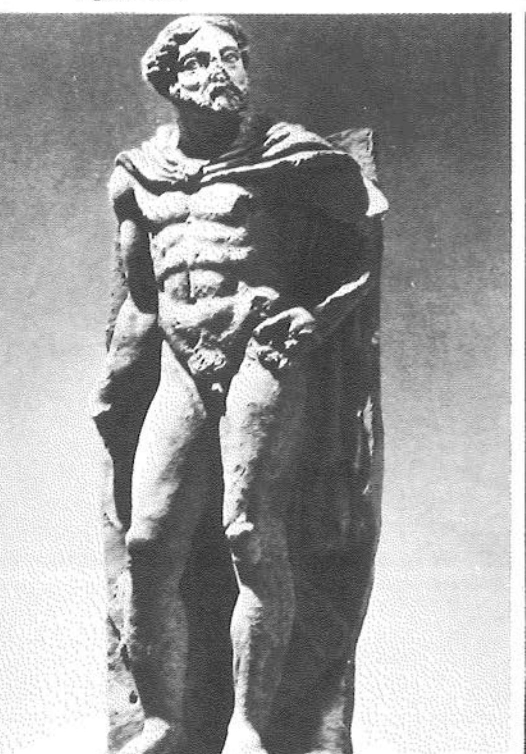
ces, como un niño y con alas. Este Marte etrusco no era el hijo de Juno y de Zeus. Otros dioses helénicos que recibieron culto en Etruria fueron *Latva* (Latona), *Aplu* (Apolo) y *Artume* (Artemis). Apolo participa en muchas representaciones de mitos, como en la estatua de Vulca de Veyo, la obra cumbre de la estatuaria etrusca, donde compite con Heracles por la posesión de la cierva. Una región, donde el mar tuvo siempre una gran importancia, como Etruria, no podía menos de venerar a Neptuno, *Nethuns*. Sobre los espejos etruscos se le representa con los atributos de Poseidón. Plinio atestigua la existencia de un culto a Saturno en Etruria.

Todos estos dioses y otros varios que se podrían añadir a esta lista nos permiten obtener una visión perfecta de la religiosidad etrusca en lo referente a su concepción y en su forma primitiva. La cultura griega influyó poderosamente en la etrusca dejando una huella profunda en la religión, sobre todo en la mitología. Esta influencia es bien patente en el modo de concebir la divinidad y en su representación. Es característico de la religión etrusca la creencia en la existencia de seres sobrenaturales, pero esta creencia está dominada por una cierta imprecisión en su número, sexo, apariencia y cualidad. De esta imprecisión ha deducido M. Pallottino, uno de los mejores conocedores de la cultura etrusca, que existió la creencia, en los tiempos más antiguos, en una entidad divina, dominadora del mundo a través de manifestaciones ocasionales y múltiples que se concretaba en dioses, grupos de dioses o de espíritus.

El modelo griego

Algunos estudiosos de la religión etrusca han pensado que los grandes dioses etruscos han sido creados bajo el influjo griego, partiendo de una vaga e imprecisa religiosidad primitiva, en la que predominaban formas fetichistas o animistas, pero esta hipótesis no tiene visos de probabilidad, pues la formación de la cultura etrusca requirió una lenta elaboración y una mezcla de diferentes elementos culturales, desde hacía siglos, que no arranca de la cultura vilanoviana. La existencia de un dios supremo, de carácter celeste, que utiliza el rayo para expresar a los hombres su voluntad, no puede deberse a influjos exteriores. Del mismo modo, a la diosa del Amor, *Turan*, se la encuentra venerada en todo el ámbito del Mediterráneo. Probablemente se dio siempre en la religión etrusca cierto arcaísmo, que

Héroe del templo del Belvedere, Orvieto (siglo IV a. C.)



Caballos alados del templo de la reina, Tarquinia (siglo II a. C.)



hizo que se conservaran formas religiosas ya desaparecidas o en trance de extinción en otras religiones mediterráneas.

El modelo griego favoreció, sin duda, el proceso de individualización y de humanización de los dioses etruscos, proporcionando los símbolos a los dioses más importantes, convirtiendo en dioses nacionales los héroes locales y agrupando a los genios que tenían análogas características. De este modo, los espíritus protectores de la guerra se fusionaron en una divinidad única, *Marte*, bajo el modelo del Ares griego.

La antropomorfización de los dioses etruscos se originó por influjo griego. Los grandes dioses etruscos y sus atributos se adaptaron al canon helénico. Este mismo fenómeno se repitió en el culto y en los mitos. En el famoso santuario de Pyrgi, a juzgar por las inscripciones sobre láminas de oro, fechadas en torno al 500 a.C., la diosa local, *Uni*, se identificaba con la Ilizia o con la Leucothea griega y con la Astarté fenicia.

Característica del panteón etrusco es, pues, su variedad y complejidad, donde junto a los grandes dioses, influidos por la religión griega, conviven seres y concepciones indígenas, cuyo número y nombre, en opinión de Varrón, eran desconocidas.

Las normas que regulan las relaciones entre los hombres y los dioses, es decir, la llamada disciplina, constituyen la parte más original de la religiosidad etrusca. Su finalidad es la búsqueda escrupulosa de la voluntad divina, manifestada a través de diferentes medios, de los que el más conocido es la interpretación de las vísceras de los animales, generalmente el hígado (aruspicina) y la interpretación de los rayos. Según afirmación de Plinio y de Arnobio era característico de Etruria la creencia en nueve dioses que lanzaban rayos, de los que *Tinia*, *Uni* y *Menrva* eran los de mayor categoría. Los restantes eran *Vulcano*, *Marte*, *Saturno* y y otros tres, cuyos nombres se ignoran.

Ritos y creencias

Este procedimiento de conocer la voluntad de los dioses es diverso del seguido por romanos y umbros, que utilizaban la observación del vuelo de los aves (auspicio).

La aruspicina no es exclusiva de los etruscos; tiene sus precedentes en Mesopotamia y en el norte de Siria. La disciplina regulaba minuciosamente los rituales seguidos en los sacrificios, las ceremonias de culto y las creencias y ceremonias referen-

Escena de un banquete (tumba de los leopardos, 450 a.C., Tarquinia)



tes a la vida de ultratumba. La aruspicina etrusca, según la tradición, fue creada por Tagate, que nació en Tarquinia del surco de la tierra movida por un arado. Un espejo etrusco del Museo Arqueológico de Florencia, fechado en la primera mitad del siglo III a.C., describe una escena de aruspicina en la que Tagete examina atentamente un hígado, cuyas diferentes zonas están señaladas. Un hombre, apoyado en un bastón, sigue la ceremonia. Ambos visten el traje típico de los arúspices. Entre ellos está colocada una dama. La escena se sitúa al aire libre, en un terreno accidentado y lleno de vegetación. El sol sale detrás de una montaña. En lo alto del cielo se encuentra la Aurora. Se interpreta esta escena como un arúspice que examina un hígado en presencia de tres personajes importantes, de los que uno es Tarconte, que fue también, posiblemente, un arúspice. No sólo se examinaba el hígado, sino otras vísceras, como el corazón. El atuendo del arúspice es conodico por una estatuilla del Museo Vaticano, datado en el siglo IV a.C., y por el citado espejo de Florencia. Llevaban los arúspices un manto de lana, sujeto al pecho con una fíbula de tipo arcaico. Cubrían su cabeza con un bonete cilíndrico de lana que terminaba en punta. La ceremonia requería apoyar un pie sobre una roca.

Cicerón afirma de los etruscos que eran arúspices o fulgurateres, y que también interpretaban prodigios de muy variado tipo: lluvia de piedras, de sangre o de leche, nacimientos de monstruos animales o humanos, terremotos, aparición de cometas, etcétera.

La importancia de todos estos fenómenos estriba en la visión del mundo de los dioses y de los hombres que de ellos se desprende. Estos dos mundos se relacionan íntimamente en la concepción religiosa etrusca. Como afirma Pallottino, cielo y tierra, realidad suprarracional y realidad natural, macrocosmo y microcosmo se corresponden mediante secretos reclamos dentro de un sistema unitario.

En las concepciones, en las prácticas y en las manifestaciones rituales etruscas se tiene la impresión de que priva un abandono de la actividad espiritual humana frente a la acción y voluntad de la divinidad. De un lado, está el conocimiento de la voluntad divina mediante prácticas adivinatorias, y de otra, una minuciosidad en el culto. La religión etrusca no parece que tuviera nunca un auténtico valor ético. Se caracterizó más bien por un formalismo rígido, al

Consulta a un sacerdote (de las «Placas Boccanera», Cerveteri, siglo VI a.C., Museo Británico)



menos al final de la historia etrusca, cuando la clase sacerdotal procuró controlar la vida espiritual de la nación y la interpretación de la voluntad divina.

Las fuentes literarias, los testimonios monumentales y los textos etruscos permiten reconstruir la forma del culto y, en general, la vida religiosa. Algunos aspectos de la religiosidad etrusca no se diferencian sustancialmente de idénticas manifestaciones de la religión griega o romana.

Característica de la religión etrusca fue el uso de normas fijas que databan de muy antiguo, una preocupación por los ritos y por los sacrificios de carácter expiatorio, lo que responde a un sentimiento de subordinación del hombre ante la divinidad y presupone la fe ciega en la eficacia mágica del rito. En la religión etrusca, los actos de culto estaban bien determinados, así como todo lo referente a templos, personas y ritos.

Los templos contenían las imágenes de los dioses. Existían también recintos sagrados con altares y edificios religiosos, como la necrópolis de Marzabotto, del siglo VI a.C. Con cierta frecuencia, los edificios de culto eran orientados en dirección sur o suroeste. Las fiestas y las ceremonias estaban, asimismo, minuciosamente reguladas en los *libri rituales*, que trataban de la interpretación de los prodigios de la vida de ultratumba y daban normas, referentes al Estado, a la constitución, al derecho, etc. Los *libri fatales* trataban de las normas propiamente dichas de la teoría sobre la vida del individuo y sobre el Estado. Ha llegado a nosotros un ritual, escrito en lengua etrusca, en el sudario de la momia de Agram (Zagreb), que es un verdadero calendario etrusco con la indicación de los meses y los días en los que hay que celebrar las ceremonias descritas.

Otros calendarios litúrgicos debían estar redactados siguiendo los modelos romanos. Contenían, seguramente, los días de las fiestas y el nombre del dios al que estaban dedicados. El calendario etrusco debía ser parecido al calendario romano anterior a César.

La fuente mediterránea

En la religión etrusca, como en todas las del Mediterráneo antiguo, se ofrecía a sus dioses animales sacrificados sobre las aras y, muy probablemente, en la época más primitiva, también hombres, sacrificios humanos repetidos en circunstancias excepcionales, como cuando, según dato transmitido por el historiador Diodoro, fueron muertos en el foro de Tarquinia los prisioneros romanos.

Pocos son los monumentos conocidos que representan escenas de culto. Entre ellos destacan un espejo, conservado en la Biblioteca Nacional de París, datado hacia el año 500 a.C., donde dos devotos, un varón desnudo y una dama vestida con túnica larga, junto a un altar, invocan a *Usil* (Sol), representado por un disco con rayas. Algo más antiguo, hacia 530 a.C., es la lastra de Caere, conservada en el Museo del Louvre, en la que se pintó un personaje sentado, ricamente vestido, al pie de una basa en forma de altar, que está coronada por la estatua de una diosa. A los pies del varón se encuentra una serpiente. Escenas de sacrificios de animales se representaron en las láminas de bronce, halladas en Bornarzo, fechadas poco después del 500 a.C., hoy en el Museo Vaticano y en el de Villa Giulia de Roma.

Varias sítulas describen gráficamente ceremonias religiosas, como una de Chiusi, de finales del siglo VII a.C., donde en una procesión participan flautistas, siervos, canéforas, jinetes, guerreros y hombres que conducen las víctimas para los sacrificios. La plegaria, la música y la danza desempeñaban también un papel importante en el culto etrusco. Los dones ofrecidos a los santuarios, en acción de gracias por favores recibidos o que se trataba de obtener, eran muy variados: estatuas de bronce, de piedra o en terracota, imágenes de dioses o de fieles, miembros humanos, armas, vasos fabricados en cerámica o en bronce, etc.; frecuentemente, llevaban dedicatorias sobre ellos. Todos estos objetos indican la existencia de una profunda religiosidad popular y que, junto a los templos, se desarrolló una artesanía muy floreciente de los más variados objetos votivos.

Sobre la naturaleza y organización del sacerdocio etrusco ofrece alguna luz la comparación con el itálico o el romano, del que se está bien informado. Es seguro que estaba especializado en diferentes funciones, que se relacionaba con las magistraturas públicas y se agrupaba en colegios. El nombre etrusco del sacerdote era *cepen*, término que aparece con frecuencia en los textos etruscos, seguido de un atributo que determina la esfera, en la que se ejerce la función sacerdotal. Una clase especial de sacerdotes eran los arúspices. El atributo más usado por los sacerdotes era el «lituo», bastón curvo en un extremo que llevan también los jueces de las competiciones deportivas siempre con un carácter religioso. El culto tenía por objeto, frecuentemente, la finalidad de conocer la voluntad de los dioses, invocar su ayuda y obtener el perdón.

El mundo de ultratumba

Por Miguel Angel Elvira
Profesor de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid

EL problema que se plantea tiene un enunciado muy sencillo: en un momento dado, un etrusco se moría; ¿qué ocurría con su cuerpo y con su alma? Datos para resolverlo, no nos faltan: pocos pueblos como el etrusco han dedicado tanta energía al arte fúnebre, describiéndonos con profusión sus costumbres y creencias. Pero ¿cuál era la idea última, indescriptible en imágenes, que de la muerte tenía un etrusco, y qué no nos ha podido explicar en textos?

Comenzaremos por lo más fácil: los ritos funerarios. Estos se representaron en relieves y pinturas de tumbas con verdadera pasión, sobre todo a fines del siglo VI y principios del V a.C., como si se quisiese recordar a los muertos que sus familiares habían cumplido todo lo prescrito. Por ello estos ritos largos y colectivos han podido ser investigados uno a uno y, últimamente, J. Jannot, en un excelente libro sobre los relieves arcaicos de Chiusi, los ha logrado ordenar, interpretándolos de forma convincente.

Se muere nuestro etrusco, al que consideraremos persona rica para que tenga unos funerales completos y lujosos. Inmediatamente se reúnen familiares y amigos. Algunos vienen de lejos, avisados por emisarios. Por tanto, hay que exponer al difunto (ceremonia de la *prothesis)* durante varios días.

En Roma se sabe que la exposición duraba al principio tres días, y después se llegó hasta siete. La *prothesis* parece que no se celebraba, como en Grecia, en la casa del difunto, sino ya en la necrópolis de la ciudad, en una tienda de campaña ligera o, quizá en algún caso (las notas paisajísticas en las representaciones no son muchas, y dejan dudas sin despejar), en un edificio destinado a tal fin, o en la propia tumba.

El entierro

Quizá el último día se daba la reunión general de los allegados. Los hombres se unen en asamblea, sentados en sillas de tijera y apoyados en sus bastones de mando los más viejos, y alaban al finado. Las mujeres aparecen eligiendo sus enormes mantos de luto y peinándose unas a otras.

Todo está ya preparado para el cortejo fúnebre: los hombres han pasado por delante del cadáver, saludándole con el brazo en alto; unas mujeres —lloronas profesionales quizá— se han mesado los cabellos, gesticulando y gritando; otras se han dedicado a bailar danzas fúnebres más comedidas, cubiertas de largos trajes y de alhajas.

Se inicia la procesión o *ekphora,* que sigue, al parecer, un orden tradicional. Dos flautistas abren la marcha. Después, varios hombres, alineados de dos en dos, tiran del carro fúnebre, a cuyos lados van mujeres llorando. Detrás del carromato camina algún familiar íntimo, y cierra la marcha el cortejo de mujeres, también de dos en dos y acompañadas por otros flautistas.

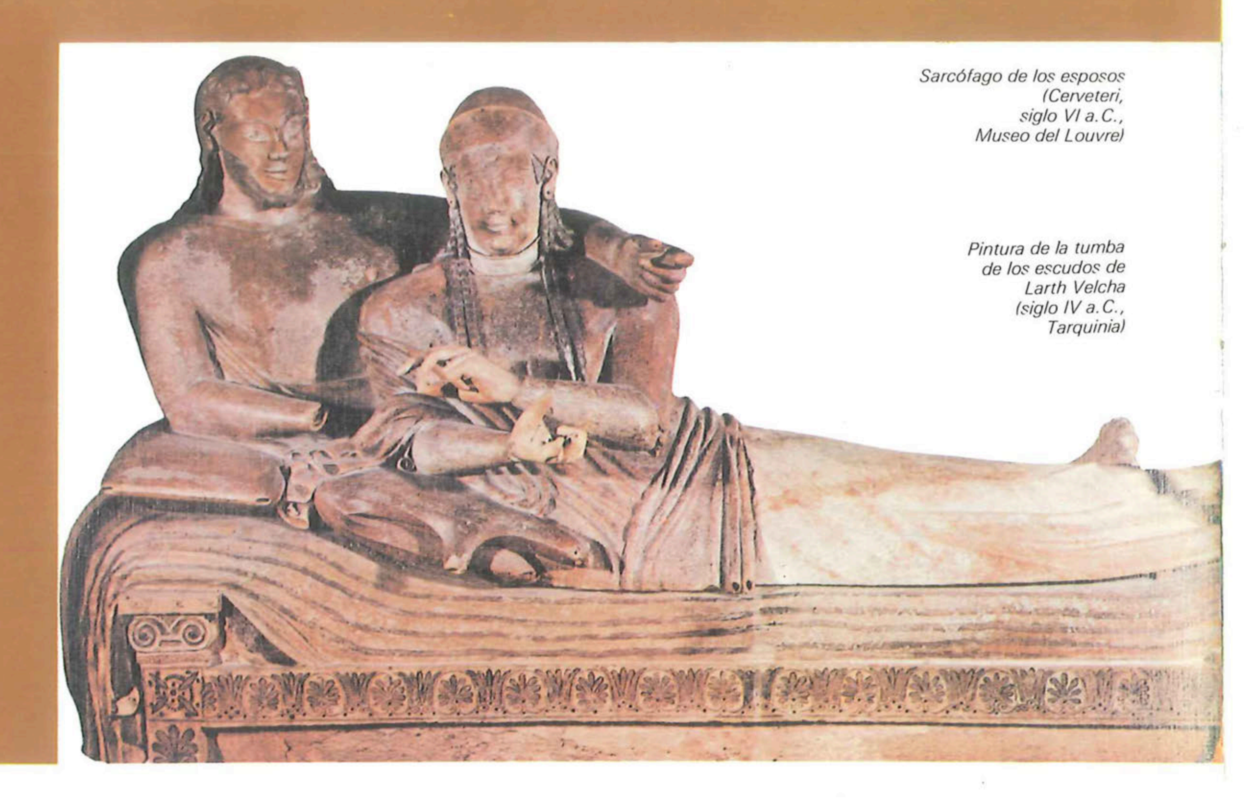
Todos van, en el caso de Chiusi, donde la incineración era la regla, a la pira, y después a la tumba. En Tarquinia, donde se solía inhumar, la *ekphora* llevaría a la tumba directamente.

El difunto ha quedado introducido en su sarcófago o en su urna cineraria, y colocado en el sitio que le corresponde del hipogeo familiar. A partir de ahora, será representado por un cono (acaso los que aparecen ante tantas tumbas, o alguno como ellos), al que, coronado y adornado como cualquiera de las personas presentes, se llevará a los festejos. En último término, parece que se le quiere demostrar al muerto que no se prescinde de él en las reuniones familiares, que sigue perteneciendo al clan y que sus amigos siguen acompañándole.

Pásase así al banquete fúnebre, esencial en el entierro, y que se ofrecería a todo difunto por muy pobre que fuese. Es una de las escenas más representadas en el arte etrusco. Es posible que se usase en ocasiones la propia tumba como comedor, pero probablemente se buscaba un lugar más espacioso en el campo, a veces bajo una tienda.

Traíanse lechos, o por lo menos colchones, y comenzaba la comida. En ella había manjares de carácter funerario (huevos, granadas, acaso verduras), pero sobre todo se bebía, como en los simposios griegos. Cubiertos por gruesas coronas de hojas y flores, los comensales pasaban imperceptiblemente de la tristeza por la muerte de su allegado (presente, como hemos dicho, en forma de cono sobre su lecho), a la aceptación de su muerte y del mundo sin su presencia.

El muerto había pasado a reunirse con los otros muertos sin ser rechazado por los vivos, para evitar traumáticas rupturas. Y los vivos se iban alegrando, jugaban con las copas, acariciaban a sus compañeras de lecho (pues las mujeres, cubiertas con sus galas fúnebres y trajes de lujo, comían junto a sus esposos), y cortaban y se ofrecían ramas y flores (todo ello sin duda con un sentido funerario original, relacionado con la fecundidad y el revivir de la naturaleza). Ya en plena euforia, salían algunos invitados a bailar, vestidos en general con sus pesados trajes, o despojándose de ellos para estar más cómodos. El baile, aunque con pasos ordenados, debía ser muy movido, y en más de una ocasión serviría



Sarcófago de los esposos (Cerveteri, siglo VI a.C., Museo del Louvre)

Pintura de la tumba de los escudos de Larth Velcha (siglo IV a.C., Tarquinia)

para acabar con el estado de tensión nerviosa de los familiares más afectados.

Ya alegres y bailando, los comensales parten, dirigidos por músicos y portando a veces ramas y palmas, y llegan a una amplia explanada, con unas gradas de madera en ocasiones, donde las familias más ricas tendrían a gala presentar lujosos juegos fúnebres. Aunque a fines del siglo VI a.C. éstos tenían sobre todo una función social de prestigio, su objetivo teórico parece claro: se intenta animar al difunto subterráneo mediante sistemas primitivos para revitalizar la tierra: golpearla con los pies, fecundarla con sangre, e incluso posiblemente representar escenas eróticas.

Entre los juegos se hallaban, desde luego, varios tipos de danzas, a cargo, como casi todos estos espectáculos, de profesionales. Hay, por ejemplo, *danzas armadas,* en las que los bailarines actúan en general solos, acompañados por músicos. También hay verdaderos ballets de silenos y ménades, que representaban el rapto de éstas por aquéllos (alusión al rapto del alma por los genios de ultratumba), y que incluían evidentes gestos eróticos.

Tanto éxito tenían estas representaciones, que pasaron a Roma, donde las menciona Dionisio de Halicarnaso: *También he visto en los funerales de personajes ilustres, mezclados entre las gentes del cortejo, grupos de danzantes que representaban sátiros, delante del lecho fúnebre, y que imitaban la danza llamada* sikinnis, *y esto sobre todo en los funerales de los privilegiados de la fortuna.*

Es posible que también se representasen otros ballets, con temas como los Boréadas persiguiendo a las Harpías, o la Amazonomaquia. En ocasiones es difícil, en efecto, ante una escena de tipo mitológico, saber si se trata de una alegoría de la muerte o de una representación mímica; y no es el único tipo de confusión posible.

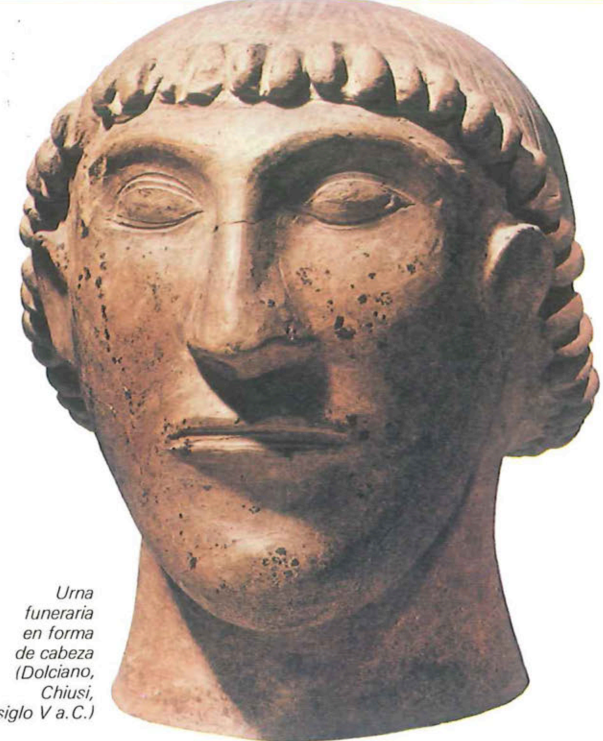
Si cerramos el capítulo de los bailes espectaculares con las danzas de bailarinas con castañuelas, muy movidas, y con ciertas pruebas de tipo circense, a veces sobre trampolines, podemos pasar al último gran apartado de los juegos fúnebres: el de los deportes.

Se trata en ocasiones de pruebas de carácter claramente griego, importado: así, el disco, la jabalina, el salto o el pugilato. Pero lo normal es que el etrusco adapte a sus necesidades los deportes venidos de Grecia, ya que para él no tiene mucho valor el sentido competitivo griego.

De lo que se trata, en principio, es de animar la tierra para dar vida a los muertos que en ella viven, y, si es posible, que se vierta algo de sangre con el mismo sentido; y si, de hecho, lo que se quiere por encima de todo es quedar como una familia poderosa y brillante, ¿qué hay mejor que preparar espectáculos amenos, llenos de color y de riesgos, con un ritmo trepidante?

Así, lo que gusta son las luchas en que los contendientes se voltean de forma aparatosa, o las carreras de obstáculos, o los ejercicios acrobáticos de equitación, o sobre todo las carreras de bigas, trigas (carro que sólo se da en Etruria) o cuadrigas, con sus caídas sangrientas. Y cuando se considere necesaria más sangre, se crea-





Urna funeraria en forma de cabeza (Dolciano, Chiusi, siglo V a.C.)

rán las luchas de gladiadores (sustitución de primitivos sacrificios humanos, según algunos), y se darán incluso cacerías de ciervos y liebres.

Con los juegos se daban por concluidos probablemente los funerales. Sólo queda la duda de si se ofrecía, como final, un sacrificio, tal como ocurría en Roma. Es imposible pronunciarse sobre este tema: incluso cabe la posibilidad de que las citadas cacerías sirviesen de verdaderos sacrificios.

Como ya hemos dicho, el ritual de los entierros etruscos se basa teóricamente en un planteamiento muy concreto de la vida del más allá: el difunto se encuentra bajo tierra, íntimamente unido a ella, de tal forma que revive si se golpea y fecunda el suelo. Por ello no puede dejar de resultar asombroso un hecho incuestionable: las representaciones del otro mundo que nos refleja el arte etrusco no son nunca —según todos los indicios— una traducción de esta creencia.

El viaje

En efecto, las escenas que parecen tener que interpretarse así (aunque hay dudas en varios casos) nos muestran siempre un viaje a un lugar lejano, nunca una permanencia.

El viaje, ya desde el siglo VII a.C., parece hacerse casi siempre a caballo. Es el tema del caballo portador de almas que aparece en tantas culturas (la griega clásica y helenística en particular) y que ha estudiado sobre todo entre nosotros el profesor Blázquez. Tan importante ha sido la creencia en el caballo fúnebre en Italia, que no nos resistimos a transcribir la siguiente cancioncilla, aún viva en la provincia de Nicastro:

Preparati, giovane, preparati, / il cavallo è venuto, / la sella è verde e gialla, / la staffa è di velluto. / E di quelli che sno andati / nessuno se n'è tornato. / Preparati, giovane, preparati, / il cavallo è ben sellato, / la sella è verde e gialla, / la staffa è di brocato, / e di quelli che sono andati / nessuno se n'è voltato.

Así podríamos traducir, libremente, la segunda estrofa: *Disponte, joven, disponte, / el caballo está ensillado, / verde y dorada es la silla, / el estribo, de brocado, / que de aquellos que se han ido / ninguno se ha retornado.*

Interesante es, desde el siglo VI a.C., una variante del caballo: el hipocampo. Parece que durante el arcaísmo se extendería entre las clases altas la creencia en un más allá ultramarino, al que se accede nadando o cabalgando en un caballo con cola de pez: algo así como una variante de las homéricas Islas de los Bienaventurados. La presencia de frisos acuáticos y delfines en la Tumba de las Leonas de Tarquinia puede tener un significado de este tipo, y es posible —aunque sólo posible— que el paisaje marino de la Tumba de la Caza y de la Pesca admita la misma interpretacíon.

Finalmente, el más representado es el más allá funesto y macabro que, aunque acaso se presente en alguna pintura primitiva, como la Tumba Campana de Veies, se difunde sobre todo en las creencias etruscas de los últimos siglos.

El origen de este mundo es sin duda el Hades helénico, pero rellenado de terroríficos y pinto-

rescos pobladores demoníacos. Charun da un mazazo al hombre, provocando su muerte. Este, acompañado por tan macabro y ganchudo personaje, parte a caballo o en carro hacia el otro mundo; y allí se encuentra a la pálida y delgada Vanth, con sus enormes alas; al horrible Tuchulcha, con serpientes en los brazos, y a todo un surtido de monstruos entre los que el pobre Cerbero, con sus tres cabezas, resulta tristemente banal. Reinan en este lugar Aita y Phersipnai (simples transcripciones de Hades y Perséfone), y lo mejor que puede ocurrirle al difunto es ser invitado a la mesa de tan sombríos monarcas.

¿Qué tienen que ver estos lejanos mundos ultraterrenos, sean ultramarinos o confusamente subterráneos, con el difunto apegado a la superficie fértil de la tierra que subyace bajo el ritual fúnebre? Esa es la cuestión fundamental, acaso insondable aún, de las creencias de ultratumba de los etruscos.

Pfiffig ha cortado el problema por lo sano: en su conocido libro *Religio Etrusca,* plantea la probabilidad de que, en las creencias etruscas, cada hombre tuviese dos almas. Una de ellas permanecería en tierra, junto al cadáver o sus cenizas, habitando en la tumba, y necesitada de las ceremonias rituales de revitalización que presiden los funerales; la otra partiría a un más allá difícilmente determinable, y cuya concepción variaría históricamente, e incluso en una misma época y comunidad de unos grupos de personas a otros, siempre en relación con las ideas venidas de Grecia. Esta segunda alma sería la *psyche* de los griegos, que los etruscos traducirían por *hinthial.*

Esta solución, a primera vista, es ingeniosa: da cuenta de todas las representaciones, y tiene en su apoyo la creencia paralela de los egipcios, quienes, como es sabido, distinguían el *ba,* alma que vuela hacia los campos de Osiris, y el *ka,* alma que permanece en la tumba. Además, aunque para nuestras mentes educadas en la tradición griega y judeo-cristiana resulte extraño, parece que la idea de la multiplicidad de almas no es ajena al pensamiento tradicional.

Ante experiencias como la angustia, la indecisión u otros fenómenos de *división interna,* se puede concluir que dentro de nosotros existen distintas entidades espirituales que pueden enfrentarse; y lo que nosotros tendemos a considerar distintos niveles de nuestra mente, serían diversas *almas* para el primitivo. Y almas que pueden incluso separarse del cuerpo temporalmente, y viajar por su cuenta: no otra explicación tendrían los sueños.

Los manes

Ahora bien; una cosa es tener una idea confusa de la división psíquica interna, y otra muy distinta, en nuestra opinión, llegar a formular toda una doctrina del reparto de almas en el momento de la muerte, con distinta suerte para cada una.

La cultura etrusca de los siglos VII y VI a.C. es una cultura que acaba de sufrir un proceso de evolución tremendamente acelerado, debido a la llegada de comerciantes fenicios y griegos: de una vida cerrada, tribal, en cabañas de barro y ramas a principios del siglo VIII, se ha pasado en no más de tres generaciones a ciudades de tipo griego, regidas por monarcas interesados en el comercio exterior y apasionados por cuanto venga del Egeo o Siria.

No se trata, desde luego, de la situación ideal para meditar profundas teorías coherentes y fundamentalmente *etruscas,* sino, simplemente —y es lo que ocurre en el arte— de oscilar de forma indecisa e incoherente entre la tradición, el evidente progreso y las importaciones superficiales y deformadas. En este contexto debemos movernos, y utilizar como ayuda para nuestros estudios esa cultura vecina —y tan etrusca por tantos conceptos— que es la romana. Si los numerosos textos latinos sobre el alma y la muerte, incluso en épocas más tardías, denotan una gran confusión, no hemos de suponer que los etruscos, en un momento particularmente dinámico de su historia, resultasen más lúcidos.

Parece claro que la más antigua de las creencias romanas, y la que permanecerá más afincada en ritos y fórmulas durante siglos, es la de los Manes. El hombre tiene en sí una energía que es lo que le distingue del cadáver: energía creadora, energía fecundadora sobre todo: lo que se vendrá en llamar Genius (o luno para las mujeres). Al ocurrir la muerte, ese Genius se difundiría de alguna forma por la tierra, en torno al cadáver, se despersonalizaría juntándose y mezclándose con los de los demás muertos: los Manes.

El asunto es confuso, y la ecuación *Genius = uno de los Manes* es incluso una racionalización tardía; pero el planteamiento parece globalmente válido; y se explica así que los sacrificios, fiestas, etc..., se dediquen siempre a los Manes como colectivo, e incluso que, aun en épocas muy tardías, en que tal grado de *masificación fúnebre* podía repugnar a las mentes evolucionadas, los Manes siempre aparezcan en plural, y el culto a ellos tributado lo sea en conjunto, casi como un culto a las energías fecundantes de la naturaleza, a las que conviene tener satisfechas porque pueden ser peligrosas, del mismo modo que los Manes irritados pueden resurgir de la tierra de forma hostil, constituyendo el terrible colectivo de Lemures o Larvas.

En torno a esta idea básica se debieron de organizar, quizá a fines del 2.º milenio a.C., los ritos funerarios. J. Bayet resalta cómo, en la cultura de las Terramaras, las necrópolis son marcadamente anónimas, llenas de tumbas idénticas y yuxtapuestas. Prácticamente sería imposible que una persona reconociese el lugar donde se hallaban los restos de su familiar desaparecido.

El inicio del desajuste comenzaría en plena época villanoviana (s. X-VII a.C.), al ir creciendo

el sentido de la familia como núcleo primordial, y, paralelamente, del individuo como ente diferenciado; esto ocurre al jerarquizarse la sociedad, incialmente igualitaria. Razones de prestigio harían más ricos unos ajuares que otros, e incluso algunas tumbas, huyendo de la uniformidad de los *campos de urnas,* empezaron a tomar forma de cabañas o casas subterráneas. A ello vinieron a añadirse inmediatamente las nuevas ideas griegas y orientales, y éstas no dejarán ya de influir en los planteamientos de la aristocracia etrusca, infiltrándose después en otras clases sociales.

La consecuencia de tantos movimientos simultáneos fue la multiplicidad de soluciones. Por una parte, empieza a pensarse en la posibilidad de distinguir en el conjunto indiferenciado de los Manes aquéllos que pertenecen a cada familia en particular, y que pueden ser objeto, por tanto, de un culto familiar; y es probable que se llegase a situar su presencia, al menos en época arcaica, en la propia tumba de la familia. Incluso cada individuo muerto podía tener derecho a una forma personal, que entre los latinos será una serpiente, y podrá recibir un culto funerario a él dedicado: posiblemente a ese nivel hay que situar los rituales fúnebres que hemos descrito.

Pero la creencia en los Manes, pese a mantenerse en fórmulas y ritos, y pese a esta evolución interna de su planteamiento, debía haberse debilitado mucho a fines del siglo VI a.C.: por entonces, como hemos dicho, los banquetes y juegos fúnebres tienen mucho de reunión social de prestigio. Y a fines del período clásico y en época helenística, lo que más cuenta en los relieves fúnebres parece ser el rango social del finado. Es probable que por entonces se interpretasen las tumbas monumentales como símbolos del poder hereditario de una familia, igual que nuestros panteones, y no como casas efectivas para almas de difuntos.

Paralelamente a esta pérdida de valor religioso de los Manes, empezarían a crecer, ya desde el siglo VII a.C., las ideas sobre un más allá lejano. A ello pudo unirse, probablemente, el interés por otra faceta del alma, o por otra *alma:* la que anima o da vida al cuerpo; la *psyche* de los griegos, *hinthial* de los etruscos y *anima* o *umbra* de los latinos, alma separable del cuerpo.

Esta alma viajera no se quedaría junto al cadáver, sino que iría, según planteamientos variables, a las Islas de los Bienaventurados, o al Hades, o a cualquier otro lugar (incluidos los sueños de los vivos). Pero, al parecer, los vivos poco podían hacer por esta sombra huidiza en los funerales; de ahí que se mantuviesen los ritos dedicados a los Manes hasta épocas muy avanzadas.

Todavía los romanos hablarán, tardíamente, de otra tercera alma, el *animus,* la mente pensante; pero se trata de una creación demasiado filosófica, y que poco pudo influir en la moribunda cultura etrusca. Sólo algunos autores, queriendo racionalizar el conjunto, llegarán, como Lucrecio, a negar la superviviencia personal precisamente por el *desmenuzamiento* del hombre en varias almas tras la muerte.

Planteamientos tan rígidos nunca han sido aplicables a las creencias de ultratumba, que son confusas y contradictorias por definición: todavía hoy, muchos cristianos están convencidos de que las almas van al cielo, al purgatorio o al infierno, y sienten miedo instintivo, de noche, a las ocultas presencias que viven en los cementerios.

Un arte refinado

Por María del Pilar González Serrano

Profesora de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid

SI para los iniciados en el conocimiento de la Historia de la Antigüedad aún sigue siendo un enigma lo que, en términos de actualidad, podría denominarse «cuestión etrusca», no es de extrañar que para el gran público dicha cuestión no pase de ser, en el mejor de los casos, una página suelta y perdida en el fondo de la vieja mochila escolar. Si, además, se tiene en cuenta que en los programas generales de nuestras Facultades de Letras Etruria no ha merecido hasta ahora la atención debida, fácil es de comprender que se perfile en el panorama del Mundo Antiguo injustamente empalidecida entre las dos grandes civilizaciones clásicas que la arropan y con las cuales debe, sin embargo, compartir un puesto de honor dentro del contexto histórico de las llamadas culturas mediterráneas.

Indiscutible potencia militar y política en el primer milenio antes de Cristo logró, a su modo, una estable unidad y acuñó la imagen de un Estado, sólido y colonialista, capaz de dominar casi toda la Península Itálica, desde el valle del Po a la Campania. De ahí que cuando Roma inicie su expansión unificadora desmembrando, para empezar, la Conferederación Europea con golpes mortales se sienta obligada a reconocer que se está valiendo de fórmulas ya inventadas. A la etrusquización que un día tuvo que soportar la Roma de la segunda mitad del siglo VI a.C. se corresponde la romanización acelerada de una Etruria decadente que, a finales del siglo I, se resigna a seguir el cauce único impuesto por sus ya indiscutibles amos, renunciando incluso a su lengua y escritura. Sin embargo,

en el plano artístico y cultural su huella no se borrará nunca.

Esta realidad obliga a la justa valoración de las genuinas aportaciones debidas a la recia personalidad de esos «tyrsenci», «tusci» o «rasenna» que autóctonos o inmigrantes alcanzan, en el tránsito de los siglos VII al VI a.C., una civilización que brilla con luz propia desde las bellas regiones de la Toscana y la Umbría.

Pese a reconocer que Etruria se nutrió siempre de todos los influjos emanados de Grecia, su coetánea y brillante vecina, demostrando además una gran capacidad de asimilación, es preciso advertir, al mismo tiempo, que a la hora de manifestarse en obras concretas lo hizo a través de ese peculiar tamiz de expresión exótica, arrítmica, que le es tan propia y a la que nunca quiso renunciar. Además, hay que tener en cuenta que esa influencia de inspiración griega dominó solamente en la esfera de la alta sociedad: esa oligarquía, rica y poderosa, que gustó de las artes suntuarias y que se hizo enterrar en lujosas tumbas, proyectadas según un esquema tan confortable como el de sus propias viviendas. Mientras, más espontánea y jugosa, correría libremente una corriente popular, despreocupada del canon y la medida y que, con las correspondientes variantes, veremos aflorar, incluso en época romana, siempre que los ecos helenizantes pierdan fuerza y contenido.

Expresividad autóctona

Dentro de este panorama no es de extrañar que los artífices etruscos procedentes del pueblo artesanal, aunque después, por oficio, discípulos de esos grandes maestros griegos afincados en Etruria, de los que nos habla Plinio, dieran a sus creaciones el cálido tacto de sus vivencias personales. Por consiguiente, es absurdo pretender valorar el arte tuscánico con parámetros griegos y, por ende, considerarlo después como un simple remedo bárbaro. Mantener tan tópica postura supone ver con ojos ciegos el rostro peculiar y expresivo del Apolo de Veyes, no captar la tensión contenida que anima el enjuto cuerpo de la Loba Capitolina, no apreciar la despreocupada ternura que une a los esposos del sarcófago de Cerveteri. Aquí, como en otros muchos casos, es muy débil el acento griego, abstracción hecha de los recursos formales de que se valiera el artista. Aquí, lo que ya está presente es ese espíritu «a flor de piel», gesticulante, ampuloso tal vez, pero tremendamente humano, que palpita en todas las manifestaciones del arte italiano de todos los tiempos.

A esta nueva perspectiva debe, sin lugar a dudas, su creciente revalorización el arte etrusco, incluido un cambio de rótulos: la vieja etiqueta de «arte provincial» ha sido sustituida por esa otra, más adecuada y digna, de «arte colonial» con la que se intenta justipreciar la impronta del sello y la calidad de la arcilla.

Si bien es cierto que el hombre occidental, consciente de sus raíces culturales, tiene que reconocer admirado la perfección alcanzada por el arte griego, también lo es que no puede negar su simpatía al etrusco y, precisamente, porque donde falla en perfección gana en expresividad, sugiriendo nuevas fuentes de inspiración, nuevos recursos formales, teñidos de savia fresca.

Legado a Roma

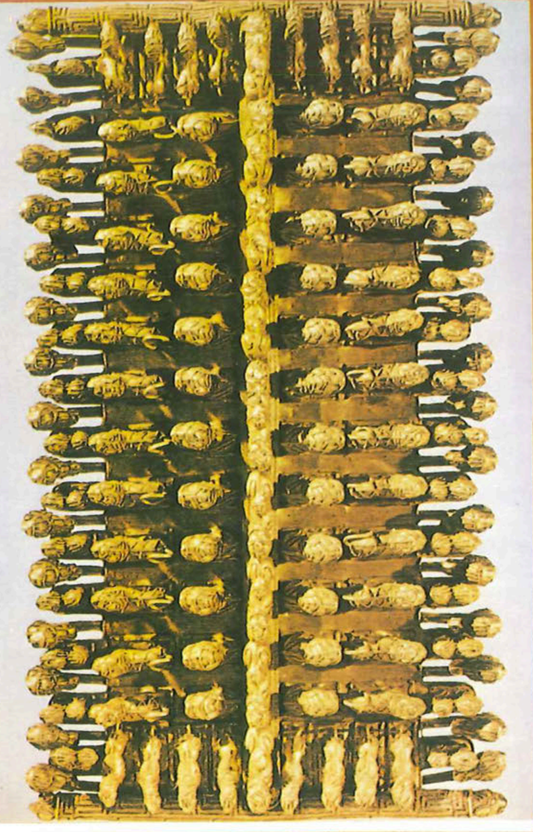
Cambiando de vertiente procede señalar que Roma heredará de Etruria todo un legado de conocimientos prácticos, sobre todo en lo que a arquitectura e ingeniería se refiere, vigentes incluso en los momentos de más intensa ósmosis helénica. Frente al carácter escultórico de la arquitectura griega, Etruria aportará nuevos y originales conceptos que constituyen, en definitiva, los sólidos cimientos de la llamada arquitectura funcional, destinada a imponerse en todo el mundo.



Mujer etrusca (urna funeraria de Città delle Pieve)

El arquitecto etrusco olvidará el mármol, del que no dispone, descuidará el ritmo canónico en las fachadas y la modulación del orden, pero centrará, en cambio, su interés en problemas hasta entonces no tratados. Entre ellos ocupa lugar preferente la coformación del espacio interior, superada con maestría indiscutible, y la urbanística. La planificación regular de las ciudades (y, en consecuencia, de las necrópolis), el trazado de calzadas, las obras de ingeniería y traída de aguas, la construcción de murallas de ciudad animadas por arqueadas puertas, como las de Giove, en Felerii Novi, o la de Volterra, o las de Perugia (claros antecedentes de los arcos de triunfo romanos) serán también objeto de su preocupación y parte de su cometido. Todo ello, junto con el em-





Loba Capitolina (los gemelos fueron añadidos en el siglo XV, Roma, Museo Capitolino)

Fguras de animales en una placa ornamental (tumba Barberini, Palestrina, siglo III a.C.)

Luchadores (tumba de los Augures, Tarquinia)

pleo sistemático del arco de dovelas y la bóveda de piedra, serán experiencias que Roma recogerá y desarrollará hasta sus últimas consecuencias. Con la aportación, por su parte, del «opus caementicium» u hormigón, como material indispensable de construcción, tendrá en sus manos la posibilidad de construir imponentes edificios allá adonde lleguen sus legiones, para asombro de los pueblos sometidos, fuera cual fuera la geología del país.

En el campo de la arquitectura religiosa también Etruria lega a Roma unos rasgos peculiares destinados a gozar de larga pervivencia: el alto «podium», la planta cuadrada y la tripartición de la cella del templo romano serán claros indicios, aunque la columnata exterior se corone de lujosos capiteles corintios o compuestos de su raíz tuscánica.

Señalemos, por último, que Etruria, mimada por la fortuna, puede apuntarse el tanto de ofrecer al mundo uno de los conjuntos pictóricos más interesantes y completos de la Antigüedad. Desaparecida la gran pintura griega, sólo rastreable en los repertorios cerámicos, los frescos etruscos conservados, casi intactos, en las paredes de esas famosas tumbas de Tarquinia, Cerveteri, Chiusi, Vulci, Orvieto, nos brindan la posibilidad del estudio minucioso de las técnicas pictóricas empleadas, así como de la temática, motivo de su interés, y fuente de información definitiva a la hora de analizar sus concepciones sobre el más allá. Y todo ello en un lapso de tiempo que va desde los últimos decenios del siglo VII a.C. hasta el siglo I a.C. De los momentos eufóricos de plenitud histórica, reflejados en alegres escenas de banquete y danza, de caza y de pesca, de juegos circenses que privan durante los siglos VI y V a.C., se pasará a otros en que un justificado pesimismo quedará plasmado en composiciones tétricas y crueles, en las que el Averno será protagonista. Una paleta de colores sobrios y el empleo de las técnicas del escorzo y sombreado crearán la atmósfera idónea, puesta al servicio de la nueva simbología.

Después de todo lo expuesto es cuando cabe intentar el esquema pancrámico y cronológico del arte etrusco, ya que el adentrarse en su estudio, por modesto que sea, sin una previa toma de conciencia, supone el riesgo de perderse en la aparente anarquía de su trayectoria.

Casa para muertos

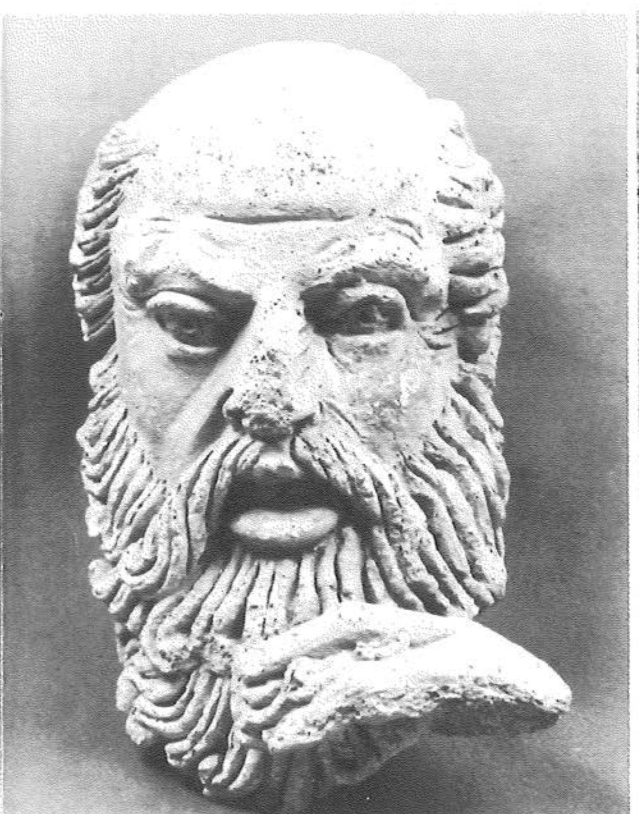
Mientras que en los siglos X al VIII a.C. en Grecia se desarrolla el arte geométrico, el norte y centro de Italia vive la llamada «fase villanoviana», caracterizada por sus «tumbas de pozo», en las que, junto con las urnas bicónicas y «oikomorfas» (en forma de casa) destinadas a contener las cenizas de los muertos, aparecen ricos ajuares en los que ya abunda el metal. A finales de ese mismo siglo VIII y coincidiendo con la llamada influencia orientalizante, que por entonces se empieza a dejar sentir, se advierte un cambio en el rito funerario, argumento básico para los que aún sostienen la tesis de la arribada de pueblos foráneos. La inhumación desplaza a la cremación y, por consiguiente, la vieja tumba de pozo será pronto sustituida por la «tumba fosa», muy simple en un principio, pero pronto convertida en «tumba de cámara», cubierta por túmulo que, poco a poco, irá adquiriendo el carácter monumental que la caracteriza.



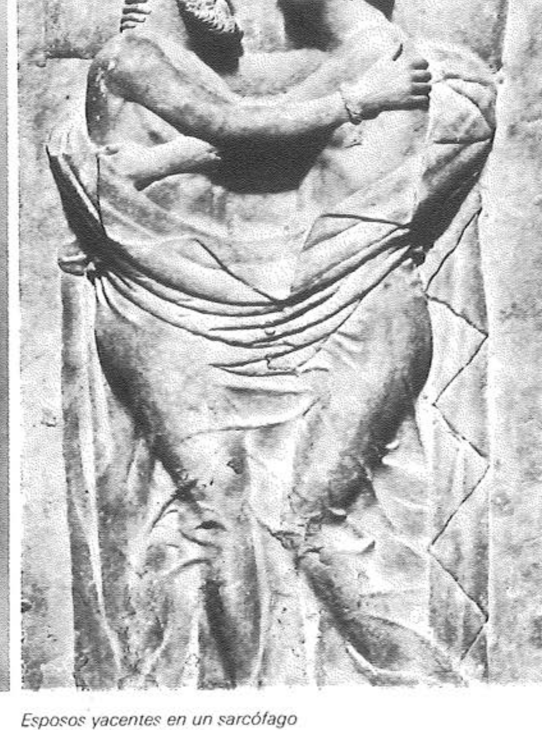
El labrador de Arezzo (siglo IV a.C., Museo de Villa Giulia, Roma)

Valgan como ejemplo la de Regolini-Galassi, en Cerveteri, de mediados del siglo VII a.C., y la de Casal Marítimo, fechable en el VI. A comienzos de este siglo a estas «tumbas túmulo», cubiertas con bóveda falsa, se sucederán los hipogeos excavados en el suelo y organizados en cámaras que repiten el esquema habitual de las casas. Es aquí donde el arquitecto etrusco comienza sus ejercicios como escultor del espacio y donde la pintura funeraria, como ya vimos, encuentra su medio idóneo de expansión.

Los ajuares de estas nuevas tumbas, en los que abundan cerámicas protocorintias y corintias, así como objetos de plata, oro, bronce y marfil, decorados con toda la variada gama de motivos orientales, chipriotas o egipcios, demuestran que los nuevos influjos llegan de Grecia, por vía suritálica preferentemente, y de manos de los fenicios. De estos últimos aprenderán, amén de otras muchas cosas, las técnicas del granulado y de la filigrana, y con tal gusto y destreza que no tardarán en superar a sus maestros. Basta como ejemplo el famoso colgante del dios-río Aqueloo, obra ya del siglo V, síntesis magistral de estas complejas técnicas dentro del campo de la orfebrería.



Anciano (terracota del templo de Belvedere, siglo IV a.C.)



Esposos yacentes en un sarcófago del siglo IV a.C. (Vulci)

La afición de Etruria por las artes decorativas y de lujo no sólo la convirtió pronto en espléndida cliente de peculiar mercado, sino también en destacada productora de objetos de adorno y tocador. Mención especial merecen los espejos de bronce y las cistas, cajas cilíndricas con pies y tapaderas, entre las que destaca como obra maestra la famosa Cista Ficorónica, decorada con una elocuente escena de la aventura de los Argonautas. La temática, griega perfectamente asimilada, será motivo constante de inspiración. Lo mismo ocurre en el campo de la cerámica, donde si exceptuamos la especie puramente etrusca llamada de «buchero-nero», la serie de «falisco», producida en Falerii Veteres, y las célebres «hidrias caeretanas», con centro productor en Caere (Cerveteri), alcanzan tal calidad que hacen sospechar sean obras de ceramistas griegos establecidos en dichas ciudades.

Madera y barro para los dioses

Es a finales del período orientalizante cuando cabe fijar la aparición del tipo canónico del templo etrusco o itálico. Los detalles de su estructura tenemos que agradecérselos a Vitrubio, ya que la utilización de sólo materiales deleznables en su construcción descarta la posibilidad de su estudio a base de restos tangibles. Según este ilustre tratadista del siglo I a.C., el templo etrusco, a diferencia del griego, era de proporciones casi cuadradas y se disponía en tres cellas adosadas (siempre mayor la central), respondiendo a la ancestral costumbre de venerar a los dioses por triadas, siendo la más famosa de todas ellas la compuesta por Júpiter, Juno y Minerva. Precedido de un amplio pórtico en el que se levantaban ocho columnas, en dos hileras de a cuatro, se remataba con un frontón aplastado, por cuanto no estaba previsto para albergar decoración escultórica. Todo el conjunto reposaba sobre un alto «podium» al que se accedía por una única escalinata frontal. En los primitivos templos éste fue el único elemento construido en piedra. El resto era de adobe, madera y barro cocido. Se cubría con tejado a dos aguas, coronado por una gran viga longitudinal, el «columen», sobre el cual campeaban grandes y vistosas estatuas de terracota. Tan humilde armazón quedaba dignificado por una profusa y colorista decoración de placas de barro cocido que, halladas a cientos, ponen una nota

vibrante y gaya en la mayoría de los museos actuales.

Aunque Vitrubio se esfuerza en justificar un canon constructivo, sugiriendo de hecho un módulo poco convincente, la realidad es que el templo etrusco no respetó las proporciones fijas. Sobre todo, al principio, no fue sino el desarrollo de la vetusta cabaña villanoviana que, a tamaño reducido, tenía su cabal versión en las urnas «oikomorfas». De innovaciones esenciales, de tipo griego, no puede hablarse, por lo que a construcciones templarias se refiere, antes del siglo IV a.C.

En cuanto a la escultura procede señalar, en primer lugar, que los etruscos, a diferencia de los griegos, no fueron escultores de mármol, del que carecían al igual que sus compañeros los arquitectos. Por lo tanto, como éstos, se vieron precisados a intentar soluciones propias. Utilizando básicamente la modesta arcilla llegaron a convertirse en diestros coroplastas, capaces de crear, a partir de cero, obras de gran tamaño y calidad. Y aunque emplearon las calizas locales y la fundición del bronce, está claro que sus mayores éxitos los alcanzaron en el animado terreno de las terracotas.

La influencia griega se deja sentir desde el siglo VII a.C. con obras importadas y, más tarde, ya directamente a través de los escultores griegos establecidos en Etruria, seguros de contar con el favor de una sociedad que reclamaba sus servicios. Del período orientalizante son obras dignas de mención los espléndidos trípodes de Perugia, los carros de Monteleone (Spalato) y Castel San Mariano (Perugia), todos ellos piezas de bronce repujado y decorados con temas griegos vigentes hacia mediados del siglo VI.

Junto a manifestaciones de esta calidad, el arte popular inicia la serie de lo que los romanos llamaron «tyrrhena sigilla», figuritas muy vivaces y desenvueltas, y que, ajenas a la tiranía de la proporción, van a producirse, sin interrupción, hasta la época helenística.

El reflejo del arcaísmo griego, y sobre todo en su versión dedálica-argiva, puede seguirse en obras de la categoría del famoso «Centauro de Vulci», obra del primer tercio del siglo VI. A su cuerpo humano, eco de los más arcaicos kuroi, se le añade las ancas traseras de un caballo sin pretender la más mínima conexión orgánica. Expresivo y solemne, inicia esa serie de creaciones en las que es frecuente la alteración de funciones con respecto a la simbología helénica. Posible guardián de una tumba, es el primer centauro conocido que adquiere categoría monumental.

De hacia el 500 a.C. son las grandes terracotas del templo de Apolo en Veyes, hoy gala del Museo de Villa Giulia. Atribuidas a ese renombrado y gran maestro que fue Vulca, y de cuya celebridad se hace eco Plinio, componen un conjunto de tres espléndidas figuras destinadas a decorar el «columen» del templo. De todas ellas la mejor conservada es la de Apolo; luego, la cabeza de un jovial Hermes, tocado con sombrero de alas, y, por último, la de una mujer con un niño en brazos que se tiene por Leto. Por ser esta última la de peor calidad se la ha supuesto de mano distinta y posterior fecha.

La figura de Apolo aparece animada por un fogoso movimiento, sugerido por detalles externos y despreocupado, en cambio, de su lógica correspondencia orgánica. En cuanto a la expresión de su rostro, puede decirse que es la más acertada síntesis de lo que podríamos llamar fascinación etrusca. De tez oscura, casi negra, de rasgos afilados y sonrisa acentuada, respira, en conjunto, un atrayente vitalismo animal. Como contrapunto al ritmo brusco de la zancada que separa sus musculosas piernas, una vistosa palmeta de lira se ajusta entre ellas, dando el arpegio necesario para el equilibrio plástico de la figura.



La esposa (tapa de urna funeraria, Bottarone, siglo IV a.C.)

También procede de Veyes, y merece atención especial, una conocida antefija en la que aparece una cabeza de Gorgona albergada por una corona de hojas polícromas. Desarticulado su rostro en horripilante gesto es capaz de transmitir todo el horror del «feísmo», expresión que entre las manos del escultor griego, impregnadas de sentido estético, se diluirá irremisiblemente por incapacidad conceptual.

Intimamente ligado con las esculturas de Veyes, con su forma de hacer y sentir, se encuentra el sarcófago de Cerveteri, concebido en forma de «kliné» o lecho. Sobre él reposan las imágenes de un matrimonio, indiferente al tránsito definitivo,



Músicos y danzantes (tumba de los leopardos, Tarquinia)

Anfora representando una procesión (Vulci, siglo VI a.C.)

Colgante con la cabeza de Aqueloo (siglo VI a.C., Museo de Louvre)



La huella de los etruscos

Seguir la huella de los etruscos nos lleva, obligatoriamente, a Italia. Allí, junto a la riqueza arqueológica que ha permitido los avances en el conocimiento de esa enigmática civilización, residen los principales organismos que propugnan y difunden internacionalmente los estudios de *etruscología*. A la labor iniciada en 1932 por el *Istituto di studi etruschi ed italici*, con sede en Florencia, se une hoy un renovado interés que coincide con el de las instituciones de la región Toscana por recuperar sus propias raíces históricas. Así Florencia, Volterra, Cortona y Siena colaboran en un ambicioso plan *—el Proyecto Etrusco—* que reestructurará la red de museos y parques arqueológicos y permitirá abordar el mundo etrusco desde una perspectiva multidisciplinar.

El principal centro italiano dedicado a los etruscos sigue siendo, sin embargo, el Museo de Villa Giulia en Roma, con una riquísima colección. No le va a la zaga el Museo Arqueológico de Florencia y son también notables los fondos del Museo cívico arqueológico de Bolonia.

Existen además otros museos regionales y municipales de menor dimensión pero de indudale valor y visita recomendada.

En la región del Lazio se sitúan algunos núcleos fundamentales. Aparte de la *colección Castellani* de los Museos Capitolinos de Roma, se hace necesaria una visita a la necrópolis monumental de Cerveteri y a su museo arqueológico; en Tarquinia se hallan algunas de las mejores tumbas etruscas y el Museo Nacional alberga importantes piezas. Son también interesantes los museos de Bolsano, Civitavecchia, Civita Castellana, Ischia di Cas-

superado por la animada y afectiva charla que los ocupa y que se traduce en la expresión de sus rostros y en el lenguaje vivaz de sus manos. El aire griego se diluye al contemplar la cabeza femenina, cubierta por el elegante «tutulus», típico tocado etrusco, y las puntas respingonas de sus delicados zapatos.

De fines de este período arcaico son también las dos obras maestras de la escultura en bronce: la Loba Capitolina y la Quimera de Arezzo. La Loba, hoy en el palacio de los Conservadores, puede considerarse obra de fines del siglo VI o principios del siguiente. Concebida como fiel guardiana de una tumba, de cuya seguridad respondía con su mirada expectante y la turgencia de sus ubres, aviso inequívoco de la ferocidad de toda hembra en período de cría, tuvo después la fortuna de ser escultura siempre a la vista del pueblo romano. Cabe la posibilidad que sea la misma loba de quien nos dan cuenta Tito Livio y Cicerón. El primero brindándonos la noticia de que en el año 295 a.C. se añadieron unos gemelos a una loba que había en el Palatino para convertirla en la «mater romanorum». El segundo comentando la anécdota de que una loba con lactantes que había en el Capitolio fue herida por un rayo en el año 65 a.C. Si la grieta que, efectivamente, tiene esta escultura en su anca trasera es consecuencia de dicho evento o no es algo que aún está por confirmar. Después de un período confuso apareció en la Edad Media, en el Laterano, pasando ya en el Renacimiento, con el añadido de los gemelos de Pollaiolo, a ser el símbolo carismático de la Ciudad Eterna.

La Quimera de Arezzo, de fecha algo posterior, es peculiar versión etrusca de esos híbridos producidos por la fantasía griega. Hallada en la misma Arezzo hacia 1554, fue ya celebrada por Benvenuto Cellini, a quien se atribuye su primera restauración, y se encuentra hoy en el Museo Arqueológico de Florencia. Digna rival de la Loba Capitolina presenta un magnífico cuerpo leonino, con protomo de cabra en su lomo y cola de serpiente que, por defectuosa restauración neoclásica, muerde el cuerno de la cabra en lugar de amenazar a su agresor. Encrespada, tras haber recibido ya el primer ataque, la Quimera espera alerta el segundo que hay que suponer asestará un Belerofonte, jinete del alado Pegaso, tal y como aparece en un espejo del Museo de Villa Giulia. En su pata anterior derecha lleva la inscripción TINS'CVIL, grabada sobre el modelo antes de la fundición, haciendo alusión a Tinia, el Zeus-Júpiter de los etruscos.

Declive

Durante todo el siglo V se observará en Etruria un pertinaz apego a las formas tradicionales en curso. Las influencias de Grecia, que vive su momento de mayor madurez, perderán su cadencia habitual. El desastre de Cumas, primero, y las guerras del

tro, Orte, Santa Severa, Tolfa, Tuscania, Viterbo y Vulci.

En Toscana destacan Volterra, con el Museo Guarnacci (siglo XVIII), que es la institución pionera en la museística etrusca, Cortona, con la colección de la antigua academia etrusca, y Populonia, con su zona arqueológica. Merecen reseña asimismo Arezzo, Artimino, Asciano, Chiusi, Fiesole, Grosseto, Massa Maritima, Orbetello, San Gimignano, Sestino, Siena y Vetulonia.

En la Emilia hay que señalar Marzzabotto y Ferrara, cuyo museo acoge los hallazgos de las excavaciones de Spina, mientras que en la Umbria sobresalen Perugia, con el Hipogeo de los Volumnii y su museo arqueológico, y Orvieto, con el museo estatal y el de la Fundación Faina.

Por último, en la Campania, el Museo Nacional de Nápoles guarda junto a las antiguas colecciones formadas por los Borbones en el siglo XVIII el producto de campañas más recientes.

Pero la lista resultaría incompleta si no mencionáramos el Museo gregoriano etrusco del Vaticano, que muestra las piezas procedentes de excavaciones auspiciadas por los pontífices antes de la unidad italiana; el Museo J. Carcopino de Aleria (Córcega), con los resultados de los últimos trabajos en esa colonia etrusca, y, por supuesto, las importantes secciones etruscas de las principales galerías europeas: Museo del Louvre de París, British Museum de Londres, Museos Arqueológicos de Berlín y Munich, Hermitage de Leningrado, Museo Nacional y Glyptoteca de Copenhague y Museo Arqueológico de Leiden (Holanda).

Peloponeso, después, supondrán serios obstáculos en el normal desarrollo de sus relaciones. Pese a todo, el eco del estilo severo puede apreciarse en obras tales como la urna de piedra de Chianciano, concebida como solemne figura matronal sedente, o en la majestuosa cabeza de terracota de un Tinia, de finales del siglo V, procedente de Cività Castellana (Falerii Veteres).

De este mismo período datan las llamadas Estelas Felsinas, que, en forma de herradura y decoradas por ambas caras en bandas horizontales, ofrecen las más variadas escenas del casi inagotable repertorio de la mitología griega.

Después de la caída de Veyes, en el 395 a.C., Etruria inicia la fatal pendiente de su declive. El arte popular aflora pujante, lleno de brío y soltura. Los «tyrrhena sigilla» cuajan en obras tales como el llamado grupo de Marzabotto, o el del labrador con sus bueyes, de Arezzo. No obstante, los ecos praxitelianos y escopásicos también se dejan sentir, como nos demuestra el célebre Marte de Todi, bronce fundido en seis piezas y estrella indiscutible de este período. Fechable hacia el 350 a.C. representa el intento de asimilación, aunque no con demasiado éxito, de las nuevas corrientes en boga.

En esta época cabe situar los mejores ejemplares de sarcófagos en piedra, que adoptan la simbiótica estructura de casa y de lecho sobre el cual aparece recostado el difunto. Los temas que se eligen como motivo de decoración se inspiran en las escenas cruentas del ciclo mitológico griego y troyano, y en cuanto a las imágenes de los difuntos se refiere se advierte una manifiesta intención retratística, de corte realista, que alcanzará representaciones tan expresivas como la del llamado «obesus etruscus».

Bibliografía

Cristofani, M., y otros, *Gli Etruschi. Una nuova immagine,* Firenze, Giunti-Martello, 1984. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo antiguo,* Barcelona, Bruguera, 1981. Grimberg, C., *Roma,* Barcelona, Daimón, 1981. Heander, H., y Walley, D. P., *Breve historia de Italia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1966. Heurgon, J., *Vita quotidiana degli Etruschi,* Milano, Il Saggiatore, 1973. Mansuelli, G. A., *Las civilizaciones de la Europa antigua,* Barcelona, Juventud, 1972. Martín, J. P., *La antigua Roma,* Madrid, Edaf, 1976. Nicolet, C., *Roma y la conquista del Mediterráneo,* Barcelona, Labor, 1980. Pallotino, M., *Civiltà artistica etrusco-italica,* Firenze, Sansoni, 1971. Pirenne, J., *Civilizaciones antiguas,* Barcelona, Caralt, 1976. Roldán, J. M., *Introducción a la Historia Antigua,* Madrid, Itsmo, 1975. Starr, Ch. G., *Historia del Mundo Antiguo,* Madrid, Akal, 1974. Steingräber, S., *Cittá e necropoli d'Etruria,* Roma. Newton Compton, 1983. Torelli, M., *Storia degli Etruschi,* Bari-Roma, Laterza, 1981. Varios autores, *Dizionario della civiltà etrusca,* Firenze, Giunti-Martello, 1985.

Estamos
haciendo futuro.

